

LA GRAN AVENTURA

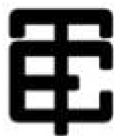
CLARK CARRADOS

Colección ESPACIO

LA GRAN AVENTURA

por

Clark Carrados



Número de Registro: 2.566 - 1962

Depósito Legal: B. 19.844 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



on gesto melancólico, Duncan Grayson bajó las manos y, por un momento, contempló las llamas que bailaban alegremente en la chimenea. El cuaderno de aventuras que había estado leyendo, descansaba sobre sus rodillas, envueltas en un «plaid» escocés. Fuera, la nieve caía intensamente, arremolinándose en bandadas de copos en torno al edificio.

Era ya muy viejo y se sentía desfallecer de día en día. Duncan

Grayson no cumpliría ya los noventa y cinco años y, aunque su mente conservaba todavía la lucidez que años atrás le habían hecho mundialmente famoso, el cuerpo perdía fuerzas progresivamente.

Grayson no lamentaba morirse. Había recorrido su camino en la vida y sabía que inexorablemente tenía que desaparecer un día u otro. Esto no le preocupaba en absoluto.

Su única preocupación, hasta cierto punto, era la vida relativamente monótona que había llevado. Una vida fácil, sin altibajos, en especial desde que había logrado la fama —y el dinero— con sus obras literarias, una vida en lo que todo había estado previsto y resuelto del alba al ocaso. ¿Merecía llamarse vida a «aquello»?

Un tronco crujió en la chimenea y, al partirse, envió una miríada de chispas a lo alto. El leve sonido pareció sacarle de su estatismo.

Volvió a mirar el cuaderno de aventuras. ¡Cuánto le hubiera gustado ser el protagonista de una de ellas!

Había logrado su fama literaria como escritor de obras de «science-fiction». En otros tiempos, ya quizás un poco remotos, había sido el único. Sus obras habían alcanzado tiradas y traducciones de vértigo, proporcionándole unos ingresos fabulosos. Pero él les encontraba un defecto.

Eran demasiado ajustadas a la realidad. Muy científicas —poseía el grado de doctor en electrónica e ingeniero astronáutico. Por cierto, no había ejercido ninguno de ambos; cuando publicó su primera obra, el éxito fue tal, que comprendió que su verdadero camino estaba en la literatura futurista.

Por otra parte, aunque hubiera querido dedicarse a su profesión, no hubiera podido volar por los espacios. Los médicos le habían descubierto un ligero fallo cardíaco… lo cual no le había impedido alcanzar los noventa y cinco años. Pero aquella anotación en su ficha no había sido borrada jamás y ello le había impedido, incluso, viajar como simple pasajero.

Todavía tenían que pasar muchos años antes de que se pudiera viajar de cualquier forma a los planetas más próximos a la Tierra. Aún se necesitaba una serie de requisitos tales, no ya para alcanzar el título de simple radarista astronáutico, sino para ser un pasajero, que la mayoría de los que lo intentaban renunciaba por no sufrir los enloquecedores exámenes de toda índole a que eran sometidos. ¡Caramba, pero si los rusos y los americanos se estaban peleando todavía por la posesión de cualquier cratercillo lunar!

Una débil sonrisa distendió sus delgados labios. ¡Los americanos y los rusos, disputándose frenéticamente la carrera a la Luna! ¡Cohete tras cohete de pruebas... y, de repente, una nación sin solera ni prestigio en las lides astronáuticas, ganaba por la mano!

La carcajada que soltó el mundo llegó a los confines del sistema solar. El ridículo sufrido por los rusos y los yanquis fue tal que todos los terrestres —menos los interesados y países satélites, claro— rieron a mandíbula batiente. Desde los arenales del Sahara, Francia había enviado un cohete tripulado a la Luna. El cohete había alunizado normalmente, sus ocupantes habían permanecido dos semanas en el satélite y luego habían regresado en medio del delirio general de unos y de la vergüenza de otros. Pero de esto hacía relativamente poco tiempo todavía, apenas veinticinco años, y la astronáutica no había avanzado tanto como se esperaba. La conquista de Marte había tardado más años aún; sólo hacía diez que la primera expedición había llegado al planeta rojo. Claro que ya se habían fundado un par de ciudades cupuliformes, a fin de no tener que vivir continuamente con la máscara de oxígeno, pero el total de los habitantes de Marte apenas si llegaba a los cuatro mil.

Y él, el célebre y celebrado autor de numerosas obras de fantasía científica, no había podido viajar siquiera hasta uno de los satélites artificiales del planeta.

Eso era lo que verdaderamente dolía a Duncan Grayson. Le hubiera gustado con locura correr algunas de sus narradas aventuras... a pesar de que habían sido siempre de un estricto cientificismo y ajustadas en un todo a lo que podía ocurrir. Jamás había escrito nada que no tuviera un mínimo de base científica.

Como, por ejemplo, lo que sucedía en el cuaderno que tenía en las manos.

No podía quejarse de su existencia, pero... había sido monótona en exceso. Salvo los primeros tiempos de la creación de su fama y el breve período de su feliz matrimonio, trágicamente truncado por un accidente a los pocos años de casado, su vida se había deslizado con suavidad, sin alternativas violentas en ningún sentido.

Después de su viudez no había querido volver a casarse. Había amado demasiado a la mujer muerta para cometer lo que él consideraba una traición. Luego, el tiempo había ido suavizando la pena hasta convertirla en un melancólico recuerdo que afloraba muy de cuando en cuando a su mente. ¡Señor, hacía ya sesenta y seis años que ella había

muerto!

Y no había podido disfrutar de su gran aventura.

Pero no una científica, como las que él solía escribir, sino como las que sucedían en aquél y otros cuadernos que adquiría con mucha frecuencia. No las había escrito nunca, pero gozaba grandemente leyéndolas y, sobre todo, contemplando los dibujos.

Por supuesto, aquellos guiones contenían numerosos errores, pero ¡eran tan divertidos! Combates de astronaves, pistolas lanza rayos, pistolas de carga solar, naves propulsadas por la antigravedad —¿cuándo descubrirían este principio fundamental en la Tierra?— animales extraños y jamás imaginados, héroes gallardos y valerosos, y hermosas princesas o reinas de Dios sabía qué misteriosos reinos de la Galaxia, sufriendo los acosos de los traidores que intentaban despojarlas de sus derechos... ¡Esto era lo que le hubiera gustado vivir como protagonista!

Hojeó el cuaderno. Los dibujos estaban grabados en colores naturales y su representación, dentro de la fantasía propia de la historieta, no podía ser más ajustada a la realidad física y fisonómica. ¡Cuánto hubiera dado él por convertirse en el protagonista de una de aquellas aventuras! Todo: fama, dinero, comodidad... todo hubiera sido poco para pagar el precio de la aventura.

¡Y qué absurdos cometían los dibujantes! Allí estaban representados los héroes con unos trajes espaciales que, salvo el casco respiratorio y la mochila, conteniendo los depósitos de oxígeno y la radio, más parecían mallas para un ensayo de «ballet». Aquellas hermosísimas mujeres de seno arrogante, cintura de avispa y caderas de ánfora, con cabellos rubios o negros, ondeando libremente dentro de la «pecera» trasparente que era el casco protector contra el vacío... ¡Había que comparar aquellos trajes con los que se usaban en la realidad, enormes, pesadísimos, inmanejables, excepto en lugares con gravedad-cero!

Pero ¡eran tan divertidas aquellas aventuras!

Un pequeño ruidito le sacó de sus meditaciones.

—Señor...

Levantó la mirada.

— ¿Sí, Callaghan? —Era su mayordomo.

—Me permito indicarle al señor que ya es tarde.

—Bueno, sírveme una copita de Oporto. Todavía no tengo sueño. Puedes irte a la cama tú si quieres; echas un par de troncos a la chimenea y, cuando me sienta fatigado, ya me acostaré.

—El señor me permitirá recordarle que el doctor Stuyvent…

—¡Al diablo con el doctor! —exclamó. ¿No era eso lo que decían todos los héroes interplanetarios cuando sufrían una herida?—. Tráeme la copa, Callaghan. Echa los troncos al hogar y no te preocupes más de mí.

El mayordomo se inclinó respetuosamente.

—Como quiera el señor. De todas formas, si necesita de mis servicios, no tiene más que llamarme.

—Bien, bien, Callaghan. Anda, despacha pronto.

Callaghan arrojó un par de gruesos troncos a la chimenea. Luego sirvió la copa de Oporto y se retiró.

El viento aulló lúgubremente en el exterior. Duncan Grayson tomó un sorbito de vino, se arrellanó en el sillón y agarró de nuevo el cuaderno. ¡Qué aventura tan magnífica!

Pasó un largo rato. De pronto, cuando ya estaba a punto de terminar su lectura, Duncan sintió la presencia de una persona extraña en la habitación.

Levantó los ojos. Inmediatamente, se escapó de sus labios una exclamación de asombro.

—¡Dios mío! ¡Esto no puede ser verdad!

Se pasó la mano por los ojos, cansados por los años.

—Debo haberme dormido y estoy soñando.

—No, no estás soñando —dijo ella, dulcemente.

La miró. Era tal como la dibujaban en los cuadernos de historietas.

Alta, de hermosísimas facciones y grandes ojos almendrados, tenía una tez muy blanca, pero no escasa de color, cosa que se reflejaba con toda claridad en la intensidad del color de sus labios, que no llevaban retoque alguno. El cabello era leonado y brillaba con reflejos metálicos que, a veces, parecía de oro, según incidiera en ellos la luz de los troncos ardiendo.

Vestía un traje como los que tanto le habían hecho reír —en el sentido científico, por supuesto— prietamente ceñido a sus rotundas formas, de mórbidos contornos y trazado perfecto. El traje era de color gris plata y el casco semejaba la clásica «pecera» con los tubos del oxígeno, de la radio y demás. Ceñido al talle llevaba un ancho cinturón del mismo color que el traje, del cual pendía una pesada pistola de factura completamente futurista.

Ella se quitó el casco y sacudió un poco la cabeza, para ahuecarse el cabello, con gesto lleno de gracia.

—Me llamo Dyra —manifestó—, y he venido a buscarte para que me prestes tu ayuda, Duncan Grayson.

—Por favor, señora —balbuceó el anciano, completamente desconcertado—. No acabo de entenderla. Es... bueno, no estamos en Carnaval... a menos que se celebre una fiesta particular en alguna mansión cercana... Se lo ruego, dígame quién es usted y qué ha venido a hacer aquí.

La joven hizo un gesto de impaciencia.

—Ya te lo he dicho: a recabar tu ayuda, Duncan Grayson. Te necesito, te necesita mi pueblo desesperadamente. ¡Por favor —el tono de ella se hizo bruscamente angustioso—, di que sí, di que nos ayudarás!

Duncan se pasó una mano por la frente.

—No... no acabo de entender, palabra —dijo—. ¿Cuál es ese pueblo que tanto me necesita? Pero, antes de nada, ¿de dónde viene usted, señorita?

—Trátame de tú y llámame por el nombre —respondió ella—. Recuérdalo: Dyra.

—Dyra —repitió él.

Ella se irguió orgullosamente, haciendo resaltar la turgencia de su busto lleno y compacto.

—Dyra, princesa de Dekalión, decimocuarto planeta del sexto sistema de la estrella que en la Tierra es conocida por el nombre de Castor.

Duncan la miró estupefacto.

—Castor, de los Gemelos —exclamó, casi sin saber lo que decía—. Es cierto, es un sistema séxtuple... Las dos estrellas principales giran en trescientos ochenta años de órbita alrededor del punto común de gravedad...

—Tú lo has dicho —manifestó la joven—. Pero ahora no estamos aquí para hablar de astronomía, sino de la ayuda que puedes prestarnos a los dekalianos.

—¡Un momento, un momento! —dijo Duncan—. Antes, hazme el favor de acercarte.

Ella dejó el casco sobre la mesa y obedeció, muy intrigada.

—Dame tu mano —pidió Grayson.

La joven hizo lo que le decía. Grayson la tocó.

—Ahora, pellízcame. ¡Pellízcame, te digo!

Soltó un grito de dolor cuando la joven hubo accedido a su petición. Pero sonrió.

—¡Diablos, estoy despierto! Siéntate, muchacha, y cuéntame lo que te sucede. No estoy muy seguro de lo que me está pasando; a pesar de todo, creo que me voy a despertar en cualquier momento…

—¡No estás durmiendo, Duncan Grayson! —exclamó ella, con cierta impaciencia—. Todo lo que te sucede es verdad, no es ficción. Yo soy de carne y hueso, no un sueño ni una pesadilla procedente de una mala digestión tuya.

—En todo caso —sonrió Grayson socarronamente—, es la pesadilla más deliciosa que he tenido en mi vida. Bien, ¿cómo he de llamarte: por el nombre simplemente o he de decirte Alteza Real?

—Dyra, a secas. Y ahora, quiero que me contestes si puedes ayudarme o no.

Grayson abrió los brazos.

—Pero, hijita, si sólo soy un pobre viejo. En cualquier momento puedo morirme y… ¿de qué te serviría la ayuda de un Matusalén como yo, querida? Además, aunque fuese mucho más joven, ¿por qué yo precisamente?

—Te lo explicaré otro rato con más detenimiento —respondió la muchacha—. Bástate saber que he estado buscando durante mucho tiempo un hombre de tus características, que pueda servirnos de ayuda para derrotar a nuestros enemigos.

—Y —Grayson sonrió irónicamente—, ¿quiénes son vuestros enemigos?

—Antes de seguir más adelante, ¿por qué no me contestas en un sentido o en otro? —exclamó ella con notoria impaciencia.

—Muchacha, pareces terrestre, a juzgar por las prisas.

—Si supieras el riesgo que estoy corriendo, comprenderías mi actitud, Duncan.

—Conforme —respondió él—. Eres joven, bella y muy atractiva. Estás en un grave apuro y has venido a pedirme ayuda… como pasa en todos los cuadernos de aventuras.

—¿Eh? —exclamó ella, muy extrañada.

—Pero hay un inconveniente, un terrible inconveniente que me parece que no podremos superar, Dyra.

—Explícate, ¿quieres?

—Mis años. Lo siento, queridita, pero la cosa ya viene de antiguo. Hace nada menos que cuarenta y tres años que me prohibieron volar a

velocidades superiores a los cien kilómetros por hora… ¿y piensas que con noventa y cinco años a cuestas voy a resistir la aceleración de una astronave al despegar? Porque, supongo que habrás venido en una astronave, ¿no es así?

—Claro. —Dyra sonrió con cierto desdén—. ¿Es eso sólo lo que te preocupa, Duncan?

—Es suficiente, ¿no crees?

—Escucha, Duncan; más adelante te lo explicaré todo. Pero ahora tenemos prisa, mucha prisa. No he venido a ti por simple casualidad, sino después de estudiar detenidamente los distintos casos que se me presentaron y por medio de los cuales podía resolver la terrible situación por la que está atravesando Dekalión. ¿Has probado a ensayar alguna vez los poderes de tu mente?

—Eso sólo sucede en las novelas —refunfuñó él.

Y de pronto, se dio cuenta de que, aunque Dyra le hablaba en un lenguaje completamente extraño e ininteligible, él la comprendía en el interior de su cerebro.

La muchacha sonrió comprensivamente.

—¿Lo ves? —dijo—. Y aun eso no es más que una pequeña muestra de lo que puedes lograr con el solo influjo de tu voluntad. Sin darte cuenta de ello, has deseado entenderte conmigo y lo has conseguido sencilla y naturalmente, sin el menor esfuerzo ni complicación. ¿Por qué no, pues, recobrar el vigor, la fuerza… y la apariencia de los treinta años? ¡Deséalo, Duncan Grayson! ¡Te ordeno que lo desees… y lo conseguirás!

Grayson la miró estupefacto. ¿Oía bien lo que ella le decía?

Se miró las manos, arrugadas y sarmentosas, con gruesos nudos en las articulaciones de los dedos. ¡Qué diferencia de las manos de sesenta y cinco años atrás, fuertes y robustas, capaces de partir en dos una herradura! ¡Cómo le gustaría volver a tener aquella apariencia!

Y, de pronto, se sintió envuelto en un tronante vértigo. Ráfagas de aullantes colores giraron rápidamente en torno a él, despidiendo estelas de chispas policromas. Un viento sonoro le envolvió con sus furores y, durante unos instantes, todo cuanto había ante su vista desapareció.

Los alaridos se acallaron y los colores se esfumaron. De pronto, sintió que la sangre le circulaba por las venas con renovados bríos. Un vigor no sentido desde hacía muchos años invadió su cuerpo y su mente a la vez.

El «plaid» que envolvía sus piernas resbaló al suelo, cuando se puso

en pie, titubeante e irresoluto todavía. Se miró las manos: ¡la epidermis aparecía tersa y limpia!

Dyra sonreía. Se levantó y buscó por la habitación. Encontró un espejo.

—Toma, mírate —dijo.

Duncan obedeció, absorto y atónito. ¡La imagen que se reflejaba en el vidrio azogado era la suya, indudablemente, pero con las facciones de sus treinta años!

El pelo era negro, sin una sola cana; los ojos brillaban, audaces y resueltos, dentro del estupor que todavía le poseía. No había ni una sola arruga en su cara y... ¡los dientes, Santo Dios, estaban todos! Su espalda estaba erecta y sus hombros habían recobrado la anchura primitiva.

—¡Cielos! —murmuró, sintiendo crujir la ropa que se le había quedado repentinamente estrecha.

Dyra seguía sonriendo.

—¿Te das cuenta ahora, Duncan?

Arrojó el espejo a un lado.

—¿Cuándo partimos? —preguntó. No le importó saber a dónde iba ni si volvería, como tampoco en qué pararía aquello. ¡Era la aventura que había estado esperando durante toda su existencia, desde que en la niñez leyera su primer cuaderno de aventuras interplanetarias!

¡Su aventura!

Dyra señaló un pequeño bulto que había a sus pies y en el cual Duncan no había reparado todavía.

—Te he traído un traje espacial. Es igual al mío y fácil de colocar. Me volveré de espaldas mientras te vistes.

—De acuerdo —contestó él, procurando contener la excitación que le dominaba.

Dyra tenía razón. El traje era fácil de poner. En pocos minutos estuvo listo.

Al concluir, ella le sujetó el cinturón del cual pendía la pistola. Le enseñó también el manejo de los aparatos de oxígeno y el de la radio. Luego le dijo cómo se colocaba el casco y, en efecto, quiso ponérselo ella misma.

—¡Espera un momento!

Duncan le quitó el casco de la mano.

—No sé si estoy despierto o soñando, o me he vuelto loco, pero por si vuelvo a la normalidad antes de tiempo...

Disparó sus brazos y atenazó la flexible cintura de la joven. Cuando Dyra quiso darse cuenta, ya tenía sus labios oprimidos por los de Duncan.

Inexplicablemente, la muchacha no se enfadó.

—Verdaderamente —dijo, sofocada y jadeante, tratando de recobrar la respiración—, has vuelto a los treinta años.

Duncan soltó una alegre carcajada. Luego, ayudado por ella, se colocó el casco. Acto seguido, la tomó por la mano.

—¿Vamos, Dyra?

—¡Vamos, Duncan!

Atravesaron el vestíbulo y salieron al exterior. En la explanada que había frente a la casa, sobre la nieve, estaba la nave de Dyra.

—No podía ser menos —comentó Duncan alegremente—: el típico platillo volante, por si faltaba poco.

Y cogió la mano de la muchacha, impaciente por correr la aventura con la que tanto había soñado durante años y años. ¡Su aventura!

La gran aventura de Duncan estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO II

l disco volador tenía un diámetro de doce o quince metros, por un grueso de la tercera parte, aproximadamente. En su parte superior se veía una ligera protuberancia encristalada y en la parte que daba a la casa tenía abierta una escotilla, la cual disponía una escalera con varios peldaños.

El color era gris brillante, muy pulido y no se veían en él toberas ni otros orificios que pudieran indicar la fuerza que propulsaba el aparato. Tampoco se divisaban orificios de torpedos atómicos o por el estilo. Lo único que sobresalía del casco, aparte de la pequeña cúpula, era un mástil de tres o cuatro metros, con distintas ramificaciones de absurdo trazado y que Duncan, acertadamente, supuso serían las antenas de la radio, radar. T.V., detectores y demás.

La nieve seguía cayendo en espesas bandadas de blancos copos. El viento silbaba lúgubremente, pero el casco de la nave aparecía completamente limpio. Al llegar a una distancia de un metro de la misma, los copos se fundían y resbalaban como si el aparato estuviese envuelto en una funda de celofana transparente.

Dyra le precedió en la entrada. Apenas habían franqueado la puerta, la muchacha presionó un botón y la escalera metálica se replegó en silencio. La escotilla se cerró con leve chasquido y el exterior de la nave quedó liso, pulido y brillante como si no dispusiera de ninguna

abertura.

Duncan se encontró en un corredor suavemente iluminado, a ambos lados del cual se veían dos puertas metálicas. Pero como Dyra continuaba andando, la siguió hasta una especie de tubo de tres metros de diámetro, situado a cinco de la entrada. Por encima de su cabeza vio la semiesfera de la cúpula transparente y la nieve que caía y se fundía a un metro de la misma.

La muchacha presionó otro botón. Al instante, el suelo se elevó dos metros, hasta quedar de tal forma que sus cabezas casi rozaban el techo de la cúpula. Dos cómodos sillones brotaron del suelo.

—Siéntate —indicó ella—. Fíjate bien en lo que hago, a fin de que aprendas el manejo de esta nave.

—¿Puedo quitarme el casco? —sugirió él—. Calculo que el interior de la nave debe ser estanco, así que no veo por qué hemos de viajar con semejante incomodidad.

—Muy bien —aprobó Dyra. Y se quitaron los cascos.

En contraste con la aguda temperatura del exterior, dentro de la espacionave hacía un agradable calorcillo. Duncan notó que el traje que llevaba y que se amoldaba perfectamente a su cuerpo, era cómodo y flexible y no embarazaba para nada su libertad de movimientos. Ello le satisfizo notablemente.

—Estupendo —dijo al terminar—. Y ahora, enséñame el manejo de la nave.

Delante de ellos había un cuadrante de mandos, en el que se incluían varias pantallas: visora, de radar, detectora y hasta el mapa astronómico. Cada pantalla tenía sus mandos independientes y, en pocos momentos, estuvo Duncan al corriente de su manejo.

El tablero de mandos quedaba respecto a ellos como si fuese una mesa de oficina, es decir, sus piernas iban a parar debajo del mismo. Era de doble mando, de modo que cualquiera de los dos podía manejar la nave. Delante de él, Duncan vio una hilera de botones de distintos colores, empezando en el blanco y terminando en el rojo oscuro, casi negro.

—Cada botón —explicó Dyra—, significa un límite de velocidad. La palanca que ves delante de ti es para moverte dentro de los límites máximo y mínimo de esa velocidad. Si quieres más, debes apretar el botón amarillo y así sucesivamente. Las cifras indicadoras aparecerán en la ranura que tienes sobre la hilera de los botones, a fin de que puedas guiarte cuando viajes por el espacio.

—Todo eso está muy bien —dijo el «joven», cuando Dyra hubo terminado sus explicaciones y le hubo enseñado de una manera completa y exhaustiva los diferentes elementos que componían el control de la nave—. Pero ¿qué fuerza impulsa al aparato?

Ella sonrió un tanto enigmáticamente.

—La gravedad.

—¿Eh? —exclamó Duncan, muy extrañado.

—Sí. Anulamos la gravedad de un planeta y nos vemos atraídos por otro, aunque esté situado a cientos o a miles de millones de kilómetros. El cielo está cubierto de astros, de modo que siempre estás sufriendo la atracción gravitacional de uno de ellos, aunque, a veces, sea en proporciones infinitesimales. Pero el selector de atracciones capta inmediatamente la más conveniente para el manejo de la nave, según la dirección que quieras tomar. No importa hacia dónde quieras ir; siempre tendrás un astro o un planeta cuya fuerza estará actuando sobre el aparato.

»Mira esa palanquita que hay al lado de la de dirección; es la que orienta el selector de atracciones. Moviéndola en un sentido o en otro, puedes guiar la nave en la dirección que más te convenga. La antena exterior se moverá según tus deseos y captará inmediatamente un canal gravitatorio que impulsará a la nave, a la velocidad que se quiera, según gradúes la intensidad de la recepción, para lo cual habrás de mover los botones de colores y la primera palanca.

—Visto así, el manejo parece sencillo —comentó Duncan—. De todas formas, no estoy muy seguro de saberlo hacer si no es después de un largo período de aprendizaje.

Dyra sonrió.

—¿Por qué no pruebas? —Alargó la mano izquierda y dio media vuelta a una llave que había en el centro del cuadrante—. Mira, el aparato está ya listo para funcionar.

Duncan tragó saliva. Con mano irresoluta, tocó el botón blanco. Pero antes de mover la palanca hacia adelante, se volvió hacia la muchacha.

—Dyra, los sillones no llevan cinturones de seguridad.

—No los necesitas para nada. La nave y todo cuanto se encuentra en su interior está sujeto a las fuerzas de gravedad que actúan sobre ella. ¿Necesitas tú cinturón de seguridad para moverte sobre tu planeta, cuando, por ejemplo, te das un paseo por el campo?

—No, claro.

—Bien, entonces, ¡arranca!

Duncan empujó la palanca levemente hacia adelante, apenas un centímetro... ¡y, de repente, se encontró en el espacio!

Miró absorto a derecha e izquierda. ¡La noche eterna del espacio! El negro del espacio y el color de las estrellas. Y el aparato había despegado sin la menor sacudida, sin que su cuerpo hubiera sufrido los efectos de un salto que en contados segundos les había llevado a varios centenares de kilómetros sobre la superficie del planeta.

—Actuaste con un poco de brusquedad —sonrió ella, complacida no obstante—. Claro que también es cuestión de práctica. Consulta siempre el velocímetro.

—Pero sus cifras... —Y de repente vio que las indicaciones del aparato eran perfectamente legibles. Vio la cifra 65 y volvió el rostro hacia Dyra.

—Tu mente traduce las indicaciones de modo inteligible para ti —dijo ella—. La cifra significa miles de kilómetros. En el botón amarillo marcará cientos de miles, millones en el naranja y a partir de aquí, las indicaciones estarán hechas en tiempos-luz.

Duncan se quedó absorto. ¡Tiempos-luz!

Eso quería decir que el aparato volaba más rápido que la luz.

—Así es —afirmó Dyra, como si le hubiese adivinado el pensamiento.

Duncan movió la palanca otro poco. El indicador se movió hasta el número 99.

—Ahora el botón amarillo —dijo la muchacha.

Duncan presionó el mando correspondiente. La cifra saltó al 100, pero el indicador continuó señalando un constante aumento de la velocidad.

Pronto llegó al número 500.

—¡Quinientos mil kilómetros a la hora! —exclamó.

—Sí. Vuelve la cabeza a tu izquierda.

Atónito, estupefacto, Duncan hizo lo que le decían. Una exclamación brotó de sus labios.

La Luna estaba a una distancia de pocos miles de kilómetros y desfilaba velozmente hacia atrás. A lo lejos se veía un disco plateado que disminuía rápidamente de tamaño.

Dyra se inclinó hacia adelante y manejó el selector de gravedades. En la pantalla se reflejó un astro, cuya posición quedó bien pronto revelada por la pantalla astronómica.

—Mueve la palanca de dirección un poco a tu derecha y hacia

adelante —dijo.

Duncan obedeció. Aquel astro desapareció y otro surgió en su lugar. Miró el velocímetro; la cifra andaba ya por el ochocientos.

Sintió un raro vértigo. ¡Ochocientos mil kilómetros a la hora alcanzados en sólo unos minutos!

Y todo ello sin la menor perturbación física. ¿Quién era el autor de aquel maravilloso aparato?

El indicador alcanzó pronto el número 999. Súbitamente saltó al 1.

—Un millón de kilómetros —anunció Dyra—. La numeración irá subiendo hasta el mil ochenta, lo cual significará mil ochenta millones de kilómetros a la hora, que es el de la velocidad de la luz, a razón de trescientos mil kilómetros por segundo.

—¿Y después? —preguntó Duncan, observando fascinado el lento pero continuo avance de las cifras.

—Los números siguientes serán horas-luz. El botón verde claro señalará días-luz. El verde, semanas-luz. El azul, meses-luz. Y, en fin, el rojo claro y rojo oscuro, señalarán años-luz y decenas de años-luz, respectivamente.

La nave se movía velocísimamente por el espacio.

—Pero... no acabo de entender con qué se comparan estas velocidades —objetó Duncan, atónito.

—Con días de tiempo, una vez hayas alcanzado la velocidad mínima de un día-luz. Es decir, que cuando marques meses-luz, recorrerás en un día tantos meses como hayas indicado en el control correspondiente. Claro está que al llegar a la cifra doce de los meses, saltarás al año luz.

—¿Un año-luz... en sólo un día? ¿Nueve billones de kilómetros?

Ella movió la cabeza afirmativamente. Duncan se dejó caer en el asiento, sin fuerzas.

—Esto es superior a todo cuanto he oído. —De pronto, se irguió—. ¡Claro, vamos a Dekalión! ¿No es así?

—Cierto.

—Y Dekalión pertenece a Castor y Castor está a cuarenta y cinco años-luz de la tierra.

—Exactamente.

—Lo cual significa que en cuarenta y cinco días, mes y medio solamente, habremos alcanzado tu planeta.

—Así es. Pero también puedes reducir ese tiempo a la quinta parte. Puedes alcanzar la velocidad de cinco-años luz en un solo día, Duncan.

Velocidades superiores son convenientes sólo en distancias mucho mayores.

El joven se pasó la mano por la frente.

—Y... disponiendo de unos aparatos semejantes... ¿has venido a buscarme a mí, a un pobre terrestre, de conocimientos limitados, más empíricos que realmente efectivos?

—Te lo explicaré más adelante, como dije no hace mucho en tu casa —sonrió ella—. No he acudido a ti por casualidad, como puedes comprender, sino porque creía —sigo creyéndolo— que tú eres el hombre indicado para nuestros propósitos. Mientras tanto, ¿por qué no atiendes un momento al manejo de la nave?

—Sí —murmuró él. Volvió la vista al tablero de mandos. El número 123 apareció ante sus ojos.

—Estamos volando a ciento veintitrés millones de kilómetros a la hora. Algo más de un décimo de la velocidad de la luz en dicho tiempo.

—Justamente —corroboró la muchacha. De pronto, se puso en pie —. ¿Quieres dispensarme un momento? Olvidé los deberes de la hospitalidad y creo que sería conveniente tomar algo. —Su mano se posó sobre un control de color plata—. Éste es el piloto automático. Ahora la velocidad y rumbo son constantes.

Dio la vuelta al sillón y se fue al lado opuesto de la cabina, en donde manejó otro control que partió en dos el suelo, haciendo descender la segunda mitad.

Duncan se volvió. Aún no se había recobrado del asombro. Dyra sonreía encantadoramente. Desapareció como si se hundiera por el escotillón de un teatro y volvió, minutos después, con una bandeja en las manos.

Dyra movió otros controles. Los sillones giraron de repente, quedando en dirección diametralmente opuesta. Una mesita baja surgió del suelo y Dyra depositó en ella la bandeja.

—Si yo mismo hubiera imaginado esta aventura —comentó Duncan —, no hubiera podido hacerla más atractiva.

Ella sonrió.

—Espero que en ese sentido no tengas queja de mí —manifestó—. Vas a tener más aventuras que las que jamás pudiste imaginar y —su voz se hizo súbitamente grave— correrás gravísimos peligros, tantos que...

Se interrumpió súbitamente.

—Sigue —dijo él—. ¿Por qué te has callado?

—No sé si debo decírtelo, Duncan —musitó ella, vacilante.

—Si hay algo que no me ha gustado nunca ha sido la falta de franqueza, Dyra. Sea lo que sea, quiero que me lo digas.

La muchacha suspiró, dilatando el pecho unos instantes.

—Es muy probable que no salgas con vida de esta aventura, Duncan. Lo siento, pero tú eras la última posibilidad de independencia de Dekalión.

Duncan sintió que perdía el aliento por unos instantes. Luego trató de echar a broma la cosa.

—Bueno, en toda aventura hay siempre unos riesgos que es preciso desafiar. —Tomó una mano de la muchacha para infundirle ánimos—. Y si logro ayudarte, no me importará morir. Total, en la Tierra ¡me quedaba ya tan poco tiempo de vida!

Los ojos de Dyra brillaron súbitamente.

—¿Lo dices de veras, Duncan?

—¡Pues claro que sí! Mira, tú me has hecho volver a la apariencia de los treinta años. ¿No vale esto cualquier sacrificio? Puedo vivir aún un día, dos, algunos meses, quizás un año… y si al término de ese plazo tuviera que morir… no me importaría, te lo juro, porque gracias a ti habría conseguido lo que siempre deseé más ardientemente sobre todas las cosas, Dyra.

—¿Y qué es lo que deseabas, Duncan? —preguntó la muchacha.

—Exactamente lo que me está sucediendo ahora —respondió él con tono firme—. Una aventura en el espacio… y una mujer bella, joven y atractiva a mi lado. ¿Qué más hay en este mundo que pueda compararse a una cosa semejante?

Dyra sonrió con dulce expresión.

—Evidentemente, nada —contestó.

Callaron unos momentos. De pronto Duncan rompió el silencio, exclamando:

—¡Caramba! ¡Son alimentos terrestres! ¡Y hasta hay cigarrillos!

Dyra sonrió.

—Tuve que proveerme en tu planeta de comida y bebida. Mis provisiones estaban casi agotadas y…

Comieron con buen apetito. Al terminar, Duncan encendió un cigarrillo y exhaló el humo con gran placer.

—¡Si me viera el doctor Stuyvent! Bueno, querida muchacha, ¿y por qué no me cuentas algo de lo que te sucede? ¿Quién es el villano de la

historieta?

—Stravon, el Jerarca del Tercer Sistema. Calculo que a estas horas ya se habrá apoderado de Dekalión y de los demás planetas del Sexto Sistema, pero su posición no se verá consolidada en tanto no me haya conseguido a mí. Los dekalianos no aceptarán nunca, aparte de un sistema de gobierno tiránico e injusto como es el suyo, a nadie que no lleve nuestra sangre en las venas.

»Es algo parecido a lo que sucede en algunos de vuestros gobiernos de la Tierra. En varios países de tu planeta hay un rey o una reina que están sobre todos los súbditos de su nación, pero que si bien reinan no gobiernan, delegando estas funciones en políticos capaces y honestos. Lo mismo pasa en Dekalión, ¿vas comprendiendo?

—Perfectamente. Sigue, te escucho.

—Poco más hay que contar. Los dekalianos podrán aceptar a la fuerza un régimen impuesto de esa forma, pero nunca considerarán a Stravon como su verdadero gobernante. Solamente si se casara conmigo podría tener algunas probabilidades de mantenerse en el poder. Y un gobernante que no cuenta con el afecto y el amor de su pueblo a la larga acaba siempre derrocado. Si él se casara conmigo… — Dyra se sonrojó intensamente—… bien, si después naciera un heredero, Stravon podría considerarse salvado.

—¿Y es por eso solamente que quiere conquistar a Dekalión?

—Éste es el primer paso en sus ideas de poder y ambición. Los dos sistemas, el Tercero y el Sexto, son los más fuertes y poderosos de Castor y, sobre todo, los más civilizados.

—Viendo esta nave, no me cabe la menor duda —observó Duncan.

Ella le miró profundamente.

—Es que, ¿sabes?, en todo Dekalión no existía más que una nave interestelar… que es la que he usado para ir en busca de socorro.

Duncan pegó un salto en el asiento.

—¿Tan civilizados… y sólo disponías de esta nave?

—Quizá no te hayas dado cuenta de que la verdadera civilización no consiste tan sólo en los adelantos materiales, sino en los espirituales. Dekalión es casi un paraíso; allí nadie envidia al vecino y todo el mundo se contenta con lo que tiene. Nuestras necesidades son mínimas y hace ya siglos que superamos la etapa de las ambiciones materiales.

»Cuando nuestro pueblo alcanzó esta madurez de juicio muchos de los inventos científicos fueron desapareciendo, unos destruidos por perniciosos enemigos, otros eliminados simplemente por innecesarios,

las naves interestelares entre ellos. Ésta es la única que quedó, de cuando los dekalianos, muchos siglos atrás, señoreaban la galaxia.

»Pero esto traía consigo muchas preocupaciones. La mente de los dekalianos evolucionó. ¿Para qué meterse en la boca —usando una metáfora— un bocado mayor que el que se puede masticar? Y así, al cabo de largos siglos, hemos llegado al actual estado de cosas… que hubiera podido durar indefinidamente si no hubiera sido por el insaciable apetito de poder, la egolatría y la vanidad de Stravon.

—Realmente —murmuró Duncan—, vivir en un mundo así debe ser maravilloso.

—Lo es. —Miró a Duncan con gesto suplicante—. Por eso quiero que me ayudes, quiero que conserves a Dekalión tal como era, tal como había llegado a ser antes de la locura de Stravon.

Duncan tomó una mano de la muchacha. Dyra se puso encarnada y bajó los ojos.

—Ya dije antes que estoy dispuesto a morir por ti y por tu pueblo. Ahora lo único que quiero es que me digas qué es lo que debo hacer… ¡y lo haré, te lo juro! —exclamó él resueltamente.

—Gracias, Duncan —exclamó ella con voz conmovida—. Si llegaras a triunfar… creo que no podría negarte nada de lo que me pidieras.

Duncan sintió que un extraño calor invadía su pecho. Se volvió a ver de nuevo como era en su juventud, alegre, ardiente, apasionado, enamoradizo… y sin poder contenerse pasó el brazo por los hombros de Dyra, atrayéndola hacia sí.

Ella le ofreció sus labios tentadores. Pero en el momento en que iban a confundirse en un beso sonó una campana.

¡Nang… nang… nang…!

Dyra se separó del joven, vivamente alarmada. Una expresión de pánico brillaba en sus ojos.

—¡Nos han detectado, Duncan! —exclamó con acento aterrorizado.

CAPÍTULO III

a campana seguía sonando.

—Vuelve la cabina a su posición normal—dijo Duncan, sintiendo una extraña serenidad—. Y, sobre todo, no te dejes llevar por el pánico. Conserva la calma en todo momento, ¿estamos?

Ella asintió. En unos segundos la cámara recobró su aspecto anterior.

—Cierra el sonido de la alarma —ordenó Duncan. Movió las manos y conectó todas las pantallas. Un puntito brillante se reflejó en el radar. Al pie de la pantalla unas cifras indicaron la distancia.

—Están muy lejos todavía —dijo él—. ¿Crees que nos alcanzarán?

—Si disponen de una nave semejante tienen muchas posibilidades, Duncan.

—Yo creía que la tuya era la única existente en Dekalión. ¿Stravon dispone también de astronaves interestelares?

—Eran solamente interplanetarias, es decir, que sólo podían viajar entre los sistemas de Castor. Pero ésta...

La campana de alarma sonó de nuevo.

—¡Ahora son dos!

Duncan detectó la segunda nave.

—Parece que quieren atraparnos entre dos fuegos. Sinceramente, Dyra, ¿qué harías tú en un caso semejante? Oh, perdona, olvidé que

hace siglos no sabéis lo que es una pelea. Bien —añadió contrayendo las mandíbulas—, deja esto de mi cuenta. ¿Tiene esta nave algún medio defensivo?

—Esperaba no tener que utilizarlo —respondió la muchacha con acento sombrío. Levantó una pequeña plancha del tablero de instrumentos, dejando al descubierto una pequeña hilera de palancas graduadas—. La nave dispone de seis descargas de rayos, tipo sol, de alta concentración. Si logras alcanzar a una de las naves de Stravon la destruirás en el acto.

—Y si ellos nos alcanzan a nosotros nos convertiremos en polvillo cósmico. Bien —agregó Duncan con acento resuelto—, vamos a procurar que eso no suceda.

El radar indicó disminución de distancias. Duncan conectó el visor telescópico, graduando el mando de aumento hasta que tuvo ante su vista la imagen de una de las naves enemigas.

—Es idéntica a ésta —exclamó.

—Sí —murmuró Dyra con voz átona—. Ha conseguido reproducirla.

—¿Llegaría una descarga si disparase ahora?

Ella consultó el radar de distancias.

—Quizá consiguiesen esquivarla. Espera un poco.

—Muy bien —contestó Duncan. Se sentía extrañamente sereno. ¿No era eso lo que siempre había estado deseando? Pues ¡ya tenía la aventura! Una mujer hermosa a su lado… y las astronaves enemigas persiguiéndoles por el espacio.

Un vistazo al velocímetro le indicó que volaban ya a más de quinientos millones de kilómetros a la hora, la mitad de lo que recorría la luz en ese espacio de tiempo.

—Las naves se mantienen a nuestra altura —dijo después de una observación.

De pronto una luz titiló en el cuadro de mandos.

—Es la radio espacial —dijo ella. Alargó la mano y dio media vuelta a una llave.

Una voz de tonos extraños, chirriantes, penetró al instante en la cámara.

—¡Princesa Dyra!

Ella fue a hablar, pero Duncan detuvo su gesto.

—Déjame a mí —musitó él. Alzó la voz—. ¿Quién llama a la princesa?

—Yo, Esdron, general de la guardia del Jerarca Stravon —contestó el individuo orgullosamente—. Y tú ¿quién eres? Conecta tu pantalla; quiero verte la cara.

—Me llamo Duncan Grayson y soy el jefe de la guardia espacial de la princesa —fanfarroneó el joven.

—¡Quiero hablar con ella! —gritó Esdron.

—La princesa no se rebaja a hablar con un vulgar general —contestó Duncan desdeñosamente—. Dime a mí lo que tengas que comunicarle y yo juzgaré si sus oídos deben o no ser dañados por tus necias palabras.

Aquello debió enfurecer enormemente al individuo, porque casi en el acto el altoparlante empezó a soltar una serie de atroces invectivas y terribles amenazas.

Duncan dejó que Esdron se desahogase. Al terminar éste su serie de imprecaciones le preguntó:

—¿Has terminado ya? ¿Era eso todo lo que tenías que decirle a la princesa?

—Aún no he terminado —contestó el irascible individuo—. En nombre del Jerarca intimo a la princesa Dyra a que se entregue inmediatamente. De lo contrario, ella y tú sufriréis las consecuencias de vuestra negativa.

Duncan miró a la muchacha, cuyo rostro aparecía muy pálido. Le guiñó un ojo y luego volvió a hablar por teléfono.

—La princesa no se entregará jamás —contestó con tono firme—. Y no volváis a importunarnos, porque no responderemos.

Pegó un golpecito a la palanca de contacto y cerró la comunicación.

—Bien —dijo—. La suerte está echada.

Dyra le agarró nerviosamente por el brazo.

—Intentarán matarnos, Duncan —exclamó.

—¡No! ¿Cómo quieres que se atrevan a matarte? Stravon perdería su oportunidad. Tú le convienes viva. Muerta no le servirías para nada. Sólo trataban de intimidarnos, ya lo verás.

—¡Mira! —exclamó la muchacha de pronto, señalando un punto en el espacio.

A lo lejos, en las profundidades del universo, brilló una luz durante unos instantes. Luego, avanzando con vertiginosa rapidez, una raya de color blanco amarillento se dirigió hacia la nave.

Duncan observó el avance de la descarga solar con ojos fascinados. El rayo de luz se acercó velocísimamente.

En el último momento, cuando parecía que la descarga iba a tomar contacto con la espacionave, se desvió ligeramente, pasando por debajo de la misma. Estalló un gran fogonazo y luego volvió la oscuridad.

—Hay que ver —masculló Duncan—. Si me hubieran dicho anoche, cuando me senté junto al fuego, lo que me iba a suceder horas más tarde, le habría roto el bastón en la cabeza al atrevido.

Y pulsó el botón que liberaba las descargas solares, enviando una en la misma dirección que la que acababan de lanzarles. Acto seguido orbitó ligeramente a su derecha y luego a su izquierda, trazando en el espacio unos zigzags de colosales dimensiones para esquivar las posibles respuestas de sus adversarios.

Una de las naves enemigas se les acercó con fulmínea rapidez. Su progresión pudo ser seguida claramente a través de las pantallas. A un millón de kilómetros de distancia soltó una descarga.

Duncan apretó los cinco botones restantes, apoyando a la vez los cinco dedos de la mano derecha, en tanto que con la izquierda movía ligerísimamente la palanca de dirección.

Las cinco descargas saltaron inmediatamente al espacio, disipando la oscuridad por donde pasaban. Era fácil seguir su trayectoria a simple vista, a través de la cúpula transparente de la nave.

Una de las descargas chocó contra la que les habían lanzado los hombres de Stravon. En el acto se produjo un deslumbrante fogonazo, que hizo cerrar los ojos a la pareja, pese a la distancia.

Pero las restantes descargas continuaron su camino, siguiendo rutas divergentes. Duncan y Dyra clavaron sus ojos en la pantalla telescópica.

La imagen de la nave enemiga se vio claramente, manejada por su piloto con ciego frenesí para escapar a la destrucción. Todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Una gran explosión multicolor se produjo en el espacio. Durante unos segundos, rayos de todos los colores del espectro salieron disparados en distintas direcciones. Después volvió la noche.

Embebidos en el combate, habían olvidado la otra nave. De repente, Duncan se dio cuenta de que les habían lanzado una descarga.

Quiso esquivarla, orbitando en dirección contraria y hacia arriba. Pero sólo lo consiguió parcialmente.

La descarga solar pasó rozando el suelo del casco. Una onda de intolerable calor les envolvió con resplandores escarlatas.

Durante unos momentos, Duncan se sintió rodeado por una intolerable agonía. Creyó que iba a morir de calor.

Miró a su lado. Dyra se había desmayado, y su cabeza pendía inerte apoyada en el respaldo del sillón. La muchacha tenía el rostro muy encarnado y la boca abierta, jadeando penosamente en busca de aire para sus pulmones.

El calor se disipó tan rápidamente como había venido. Duncan volvió a la normalidad. Dyra abrió los ojos.

—¿Qué… ha sucedido? —exclamó con voz débil.

—Hemos sido alcanzados parcialmente por una descarga solar —contestó él—. Ignoro si la nave ha sufrido daños, aunque no me extrañaría que en el interior se hubiera fundido alguna pieza.

—Y ahora estamos desarmados —manifestó la muchacha con acento pesimista.

—No tan desarmados —contestó él—. Precisamente solté todas las descargas porque se me ha ocurrido un plan para librarnos de estos tipos tan molestos.

Como si hubieran escuchado sus palabras, la lámpara de llamada centelleó en aquel momento.

Duncan dio el contacto.

—¿Quién es? —preguntó.

—Esdron. Escúchame, Duncan Grayson; esto que os ha sucedido ha sido una simple advertencia. Estáis desarmados y no podéis huir. Os recomiendo, pues, que ceséis toda resistencia.

—Muy bien, de acuerdo. Nos entregamos.

Duncan cerró la comunicación. Dyra le miró estupefacta.

—¡Duncan! ¿No eras tú el que iba a defenderme contra todo y contra todos?

—Y así es —respondió él—. Pero cuando no puedo luchar de una forma lo hago de otra… la que más me conviene. Déjalos que vengan; verás tú qué sorpresa se van a llevar.

Hizo una pausa.

—Ni tú ni ninguno de los habitantes de los sistemas de Castor habéis tenido jamás ocasión de ver actuar a un terrestre. No sé cómo serán las demás gentes de la Galaxia, pero dudo que haya una raza más fiera y despiadada que la nuestra… cuando de defender lo que es nuestro se trata. —Y entre dientes agregó—: Y cuando no es nuestro y lo queremos contra toda razón, muchas veces, también.

La imagen de la nave adversaria aumentó rápidamente en la pantalla telescópica. No obstante, pasaron dos largas horas antes de que la pudieran divisar a simple vista.

—Bueno —exclamó Duncan cuando la vieron evolucionar en torno a ellos—, ahí están. Prepárate, Dyra.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella temerosamente.

—Mentir —respondió Duncan lacónicamente.

La radio sonó de nuevo.

—Vamos a pasar a vuestra nave —dijo Esdron.

—Muy bien. Les esperamos.

Duncan, que ya iba conociendo los controles, hizo descender el piso de la nave. Ésta carecía de esclusa, por lo que hubieron de ponerse los cascos sobre los trajes.

Cuando estuvieron listos, Duncan abrió la escotilla. Tres hombres pasaron saltando a través de la misma. La otra nave estaba a menos de dos metros de distancia y en su puerta se veía un individuo vigilando con una pistola radiante en la mano.

Duncan cerró la escotilla y reinyectó aire a la cámara. Luego se quitó el casco.

—Hablaremos mejor así —dijo—. Por favor, quítense los cascos.

Esdron y sus acólitos obedecieron. Eran hombres fuertes, corpulentos, con vistosos bordados en sus trajes. También llevaban pistolas al cinto.

—Aquí está la princesa —dijo Duncan—. ¿Qué es lo que pretenden ahora?

—Llevárnosla con nosotros, naturalmente.

—¿Y después?

—Eso ya no es cuenta tuya, Duncan Grayson.

El joven se acarició la mandíbula.

—De modo que van a llevársela. ¿Qué me pasará a mí?

—Sólo tenemos orden de llevarnos a la princesa —respondió Esdron significativamente.

—Lo cual quiere decir que yo estorbo, ¿verdad?

—Exactamente —contestó Esdron, echando mano a la pistola.

Duncan ya no perdió más tiempo en discusiones estériles. «Al cabo de tantos años, ¿me acordaré aún de cuando fui subcampeón de pesos medios en la Universidad?», se preguntó, mientras disparaba su puño contra el individuo con terrible ímpetu.

Alcanzado de lleno en la mandíbula, Esdron se derrumbó como un buey apuntillado.

—¡Sube a la cámara, Dyra! —gritó el joven.

La muchacha no perdió tiempo en obedecer la orden de Duncan. Éste se dispuso a enfrentarse con los otros dos esbirros.

El lugar era muy estrecho, lo cual facilitaba notablemente los planes del joven. Mientras uno de los individuos trataba de sostener el cuerpo de su general, Duncan desmayó al otro de un soberbio puñetazo.

El tercero echó a un lado el cuerpo de Esdron. Duncan le agarró por el cuello de su traje con la mano izquierda, a la vez que levantaba el codo derecho.

Sonó un grito de agonía. Duncan levantó la rodilla derecha. El esbirro se curvó agónicamente.

Duncan bajó la mano derecha, golpeando con el filo la nuca de su oponente. El sicario se desplomó secamente, sin un solo grito.

—Bueno, ya está —murmuró el joven, chupándose los nudillos de la mano derecha.

Dyra le llamó desde arriba.

—¡Duncan! —Su voz estaba llena de ansiedad.

—Estoy bien —sonrió el joven—. No hay motivos para sentir alarma.

—¿Y... y ésos...?

—Baja y míralos —contestó él.

La muchacha descendió al pasillo. Abrió la boca estupefacta, al ver los cuerpos tendidos en un confuso montón.

—Ya te dije que hay que ser muy astuto para conseguir vencer a un terrestre —exclamó Duncan, muy satisfecho—. Ayúdame a colocarles los cascos, ¿quieres?

Dyra obedeció, aunque sin comprender del todo la extraña forma de obrar de su acompañante. Luego, Duncan hizo que ella se pusiera también su casco, a la vez que hacía lo propio.

Cuando hubieron terminado, Duncan dijo:

—Abre la escotilla, pero no vacíes el aire previamente. Hazlo cuando yo te lo diga, ¿estamos?

—Conforme —contestó la muchacha, apoyando la mano en el botón de apertura.

Duncan situó los tres cuerpos junto a la escotilla. Luego buscó un asidero y se agarró con fuerza.

—¡Ahora!

La escotilla se abrió de pronto. El aire se escapó con un sonoro resoplido, convirtiéndose en el acto en una masa de vapor blanquecino que envolvió por unos instantes los tres cuerpos, a la vez que los

arrojaba con fuerza hacia el exterior.

Los individuos desmayados chocaron contra el guardia de la entrada de la otra nave, derribándole al suelo.

—¡Cierra, aprisa! —gritó Duncan.

Volvió a la cámara y manejó el control de ascenso. Hizo que Dyra se sentara a su lado y luego miró por encima del borde de la cámara de mando.

El guardia de la otra nave, forcejeaba para introducir en la suya los cuerpos de su general y los ayudantes. Duncan manejó el mando gravitacional y la espacionave arrancó inmediatamente.

Pero no se alejó, sino que le hizo describir un semicírculo ascendente de pequeño diámetro. Luego, perdiendo altura, se arrojó contra la otra nave a toda velocidad.

—¡Vamos a chocar! —gritó Dyra.

—No —respondió él.

En el último instante, enderezó la órbita de la nave, levantándola un poco. La quilla rozó la cúpula del otro aparato, destrozándola con un estruendo que fue transmitido hasta sus oídos a través de la estructura del aparato.

—Ésos ya no perseguirán a nadie —dijo Duncan muy satisfecho, contemplando los destrozos a través de la pantalla telescópica.

Pero un instante después Dyra lanzaba un grito de espanto.

—¡Duncan! ¡El control gravitacional está averiado!

CAPÍTULO IV



través del espacio iban volando arrastrados por una fuerza de gravedad que no habían conseguido localizar todavía. Con el control gravitacional se había estropeado también el selector de atracciones y era imposible saber hacia qué cuerpo celeste eran atraídos.

—Total —resumió Duncan la situación con amargo acento—, que nos hemos perdido en el espacio. Quise salvarte de un mal paso y di otro peor.

—No te hagas reproches injustos —dijo ella cariñosamente—. Hiciste lo que estimaste mejor en aquellos momentos. Nadie te puede acusar si las cosas no salieron todo lo bien que deseabas.

Duncan palmeó suavemente la mano de la muchacha.

—Eres una buena chica, Dyra, y te deseo mucha felicidad y que todo se solucione favorablemente... pero no sé si hiciste bien en buscarme a mí. Y por cierto que aún no sé los motivos.

—Son bien fáciles de explicar: porque te juzgué el mejor de todos a quienes había examinado previamente. Fuiste escritor; eso indica fantasía y vivacidad de imaginación. Además, eres doctor en electrónica e ingeniero industrial. Por lo tanto, posees unos conocimientos científicos muy superiores a los comunes.

—Y ello significa —exclamó Duncan no sin asombro— que ya

llevabas algún tiempo en nuestro planeta.

—Naturalmente. Cuando las cosas empezaron a ponerse mal en Dekalión cogí la única nave interestelar que guardábamos como recuerdo de tiempos pasados y me lancé a la búsqueda del hombre que pudiera ayudarme a derrotar a Stravon. Pedir ayuda a los sistemas vecinos no me hubiera servido de nada; posiblemente se habrían negado a ello, además que quizás hubiera provocado un conflicto, en el cual se habrían perdido decenas de millones de vidas.

Dyra sacudió la cabeza.

—No, éste es un asunto para resolver por pocas personas, cuantas menos mejor. Un solo hombre, listo, astuto, valeroso e inteligente puede actuar mucho mejor que un millón de pilotos guiando otras tantas astronaves en una destructora guerra interplanetaria.

—Y ese hombre, según tú, soy yo.

—Sí. ¿No viste la facilidad con que, forzando tu mente, volviste a tu juventud? ¿Qué no podrás lograr cuando te lo propongas firmemente?

—Pero no encontrar un planeta habitable... ni mucho menos el camino hasta Dekalión —murmuró él con acento pesimista—. Oye, y mientras buscabas el hombre adecuado en la Tierra, ¿cómo te las arreglaste?

Ella sonrió con coquetería.

—Portándome como una joven terrestre, desde luego. Traje algunas joyas de Dekalión y las vendí, con lo cual obtuve lo suficiente para mi subsistencia. Después... bien, te encontré a ti.

—Pero tu aspecto no tenía, no tiene nada de terrestre —dijo él—. Al menos, en lo que a indumentaria se refiere —concretó.

—¿Me hubieras hecho caso de haberme presentado a ti con vestimenta terrestre? Mi aspecto te convenció más que nada, ¿no es así?

—Claro —dijo él pensativamente, Y volviendo a su obsesión dijo—: Pero ya llevamos ocho días desde que nos sacudimos a Esdron y a los suyos de encima y todavía no hemos podido saber dónde nos encontramos.

—La atracción nos arrastra en dirección a Orión.

—Y Castor, hablando en términos vulgares, cae mucho más a nuestra izquierda —refunfuñó él. Consultó el indicador de velocidad—. Marchamos a la mitad de la velocidad de la luz, lo cual quiere decir que en ocho días hemos cubierto diez billones y medio de kilómetros, es decir, un año-luz y una décima parte, a la velocidad normal de la luz, por supuesto.

—Y por lo tanto, si llevásemos la órbita correcta, tardaríamos casi un año en recorrer los cuarenta y cuatro años luz que todavía nos separan de Dekalión.

—No te preocupes —dijo él—. Antes nos habremos muerto de hambre y de...

Un extraño sonido le interrumpió bruscamente. Era un zumbido de tonos oscuros que aumentaba y descendía de volumen con cierto ritmo, no demasiado rápido.

Dyra se precipitó hacia los mandos.

—Es el detector de cuerpos celestes —exclamó alborozadamente.

Duncan se situó al lado de la muchacha. Dyra manejó los controles.

—Es extraño. El detector funciona perfectamente... y sin embargo no veo ningún astro en las cercanías.

—¿Cuál es la distancia máxima a que funciona este aparato?

—A mil quinientos millones de kilómetros. La intensidad del sonido es máxima, lo cual quiere decir que somos atraídos directamente por el cuerpo celeste.

—Mil quinientos millones de kilómetros —observó él reflexivamente —. En tres horas habremos alcanzado ese planeta.

—¿Estás seguro de que se trata de un planeta? —preguntó Dyra.

—¡Naturalmente! Si fuera un astro con luz propia ya lo habríamos visto. No, no puede ser una estrella.

—En todo caso, si se tratara de un planeta, sería cosa de ver si es habitable.

—Y si dispone de minerales.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Recuerda. El mando selector de gravedades está averiado. Hemos de repararlo.

—Es cierto. Pero... ¿ya sabrás cómo hacerlo?

Duncan sonrió confiadamente.

—He leído infinidad de historietas fantásticas. En todas ellas el héroe sale siempre adelante de las más difíciles situaciones. ¿Por qué he de ser yo menos que ellos?

Dyra le miró muy extrañada, pensando si el joven se habría vuelto loco.

* * *

Duncan se sintió muy deprimido al observar desde la altura la superficie del planeta en el cual iban a aterrizar.

Los indicadores señalaban una fuerza de gravedad de 0,7 con respecto a la terrestre y una absoluta normalidad en su atmósfera, pero en cambio las constantes higrométricas eran muy bajas.

—Lo cual significa —murmuró— que el agua, si no falta del todo, es muy escasa.

Por otra parte, el planeta estaba muy alejado de cualquier centro irradiante de luz; de modo que su superficie aparecía sumida en una penumbra gris más cercana a la noche que al día, lo cual hacía que los detalles fueran apenas perceptibles desde cierta distancia.

El aparato tomó tierra al fin. Descendieron a la cámara inferior y de allí salieron fuera.

No soplaba viento y la temperatura era muy baja, aunque sin llegar al punto de congelación, lo cual hacía soportable la estancia en aquel lugar. Dada la semioscuridad en que se hallaba sumido el planeta, el radio de visión máximo era de unos ciento cincuenta metros, más allá de lo cual no se veía nada en absoluto.

El suelo era árido, pedregoso, sin señal alguna de vegetación. El silencio era impresionante y deprimía y enervaba el ánimo.

Instintivamente, Dyra se arrimó a Duncan. Éste rodeó con su brazo la cintura de la muchacha, como ofreciéndole su protección.

—¡Dios mío! ¡Que cosa más horrible sería si tuviésemos que vivir aquí! —exclamó ella, estremecida de pies a cabeza.

—No me agradaría nada, en efecto. Además, los recursos naturales deben ser nulos o poco menos, pero, por fortuna, aún tenemos en la nave lo suficiente para subsistir una temporada. ¿Por qué no nos ponemos a trabajar?

Ella le miró ansiosamente.

—¿Qué es lo que vas a hacer primero, Duncan?

—Hallar la avería. Después, naturalmente, despegar en dirección a Dekalión. Escucha, sube a la cámara de mando y mantén el aparato a dos metros de distancia del suelo. Recibimos el impacto en la parte inferior y es por ahí por donde debemos de empezar.

—Muy bien —contestó ella.

Unos momentos después la nave se elevaba a la altura deseada. Duncan adelantó un pie con ánimo de situarse debajo del aparato, pero no pudo mover el otro.

Frunció el ceño. Algo le agarraba el tobillo. Bajó la vista.

Le pareció ver algo así como una cuerda enrollada en la pierna. Tiró con fuerza, pero no pudo quitar el pie del lugar en que se hallaba.

Súbitamente, otra cuerda se enroscó en la pierna izquierda. Esta cuerda llegó hasta su rodilla.

Un sentimiento de pánico invadió su ánimo. ¡Una planta trepadora! ¿Acaso carnívora?

Procuró mantener la calma. De pronto, algo onduló ante él, frente a su rostro.

La cuerda se lanzó repentinamente contra su garganta. Duncan pudo parar el golpe adelantando el brazo izquierdo, el cual quedó en el acto sujeto por aquella cosa cuyo origen no podía identificar.

Sucesivamente, más cuerdas flexibles y movedizas enroscándose en torno a sus piernas, llegándole hasta la cintura e inmovilizándole por completo. Duncan se vio perdido.

En aquel momento divisó la silueta de la muchacha, recortándose nítidamente contra el fondo de luz de la escotilla. Dyra advirtió al instante que Duncan se hallaba en una difícil postura.

—¡Duncan! ¿Qué te sucede? —gritó.

—Quieta ahí —contestó él, procurando conservar la calma—. Por lo que más quieras, no saltes al suelo o nos perderemos los dos.

—Pero ¿qué es eso, Duncan?

—No lo sé... Este planeta no parece tan desierto como creíamos... —Otra liana se le enroscó en torno al pecho, cortándole casi la respiración—. Hay... unas plantas vivientes... que atacan a las personas...

—¡Oh!

De pronto, el brazo libre de Duncan fue atenazado por dos cuerdas. El joven se dio cuenta de que las lianas subían lentamente en busca de alguna superficie desnuda de su cuerpo. Dos o tres lianas apoyaron sus cabos en las manos y en el acto notó una sensación de succión que le produjo náuseas.

—¡Pronto, Dyra! —gritó—. ¡Trae una luz... así podrás ver a estos seres para disparar tu pistola contra ellos...! ¡Date prisa, por el amor de Dios!

Una cuerda le golpeó en la mejilla. Duncan echó la cabeza hacia atrás, pero no pudo evitar que una de aquellas serpientes vegetales se le adhiriese al cuello, bajo la oreja izquierda.

Hizo un esfuerzo supremo, intentando desarraigar las lianas del suelo, pero no consiguió nada. La presión de los vegetales vivientes era enorme y su respiración se hacía más afanosa y entrecortada de

segundo en segundo.

Dyra apareció súbitamente en el borde de la escotilla. Traía en la mano una poderosa antorcha eléctrica, con la cual alumbró la escena. En la otra mano tenía dispuesta la pistola desintegradora.

Pero no tuvo necesidad de utilizar el arma. Al enfocar el haz de luz sobre la figura del joven las lianas deshicieron su presión en el acto, replegándose entre las piedras con sorprendente rapidez.

Casi en el mismo instante estalló un infernal coro de chillidos en todo el ámbito de la llanura en la que habían aterrizado. Los chillidos no eran de gran volumen, aunque sí muy agudos de tono; y era su conjunto el que aturdía y ensordecía.

Duncan se tambaleó al quedar libre de aquel mortal abrazo. Se dio cuenta de que sangraba ligeramente en los lugares donde las lianas habían iniciado su proceso de succión. Dyra soltó un grito al ver el aspecto que presentaba el joven.

—Ven, Duncan —gritó.

Caminó como un beodo hasta la escotilla. Haciendo un esfuerzo se izó a pulso, quedando sentado en el borde, con las piernas colgando hacia afuera. Dyra se inclinó para ayudarle a entrar en la nave, y dejó la linterna a un lado. Instantáneamente, tres o cuatro lianas saltaron del suelo hacia arriba con grandísima rapidez, enroscándose de nuevo en torno a las piernas del joven.

—¡Dame la linterna! —gritó él. Paseó el haz de rayos luminosos por debajo de la escotilla. Las lianas se escondieron de nuevo, chillando agudísimamente, como seres vivientes asustados de algún grave peligro.

Duncan se metió en la nave y cerró la escotilla. Dyra estaba muy pálida.

—Ven a mi cámara —dijo ella—. Te curaré las heridas.

—No son graves —jadeó Duncan—. Pero hubiera podido perder mucha sangre si esos seres hubieran continuado su succión.

Apoyándose en la muchacha, pues se sentía muy débil, Duncan caminó hasta la cámara. Se sentó en la litera y dejó que ella curase las heridas con una sustancia cicatrizante antiséptica, que tenía la virtud de cubrir las lesiones sin necesidad de posteriores vendajes.

Acto seguido, Dyra le entregó un par de tabletas.

—Tómatelas —dijo—; son vigorizantes y repondrás tus fuerzas con facilidad.

Duncan obedeció. Unos minutos después se sentía casi completamente nuevo, aunque todavía muy aturdido por la terrible

experiencia sufrida.

Dyra le miró con expresión ansiosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Es evidente que esos seres, vegetales o no, pero vivientes en todo caso, son sensibles a la luz. ¿No tienes otra linterna por ahí?

—Sí —contestó la muchacha.

—Bien, entonces, mientras yo examino la quilla, tú moverás continuamente las antorchas, ahuyentando así a las lianas vivientes. De este modo podremos reconocer mejor la avería, ¿comprendes?

—De acuerdo.

Momentos después, estaban en disposición de saltar de nuevo al suelo. Duncan despejó los alrededores con unos cuantos movimientos de las linternas y luego saltó.

Dyra le siguió, quedándose con las linternas. Las lianas chillaban agudísimamente al sentir los rayos de luz y si alguna se asomaba por entre las piedras, se escondía de inmediato.

Dyra se situó de espaldas al joven, moviendo continuamente las linternas. Mientras tanto, Duncan examinó el vientre del aparato.

El metal aparecía abollado y retorcido en algunos puntos, prueba evidente del fantástico poder de aquella descarga que tan sólo había rozado a la nave. De haberla alcanzado de lleno, la desintegración habría sido instantánea.

Duncan bajó la vista un momento. Una liana serpenteaba por tierra, acercándose subrepticiamente a su tobillo.

La dejó que se situara a pocos centímetros del pie, aprovechando la zona de sombra provocada por su propio cuerpo. Luego levantó el pie con gesto rapidísimo, y lo bajó, aplastando la extremidad de la liana.

Un coro infernal de chillidos se elevó al instante sobre la llanura. Dyra se estremeció.

—¡Oh, Duncan, Duncan, esto es horrible! ¡Vámonos de aquí, cuanto antes... pues si seguimos mucho tiempo en este maldito planeta, acabaré enloqueciendo!

—Procura calmarte —dijo él con voz persuasiva—. Haz caso omiso de esos chillidos. Mientras puedas oírlos, sabrás que estás con vida. Lo malo será cuando no los oigas.

Examinó durante unos momentos el vientre del aparato con suma atención. Era evidente que la descarga había afectado a algunos de los instrumentos, pero resultaba imposible comprobarlo desde el exterior.

—Dyra —llamó.

—¿Sí, Duncan?

—Carecemos de soplete con el cual levantar las planchas del vientre. ¿Se puede llegar desde adentro?

—Sí, supongo.

—Sólo lo supones, ¿eh?

—Ten en cuenta que hace siglos que en Dekalión está proscrita la astronáutica y que yo sólo sé manejar la nave, pero no sabría construir otra igual ni mucho menos repararla.

—Pues estamos listos —masculló él, descontento—. ¡Tú no sabes nada… y yo hace cincuenta años que no toco siquiera un condenado destornillador! Anda, vamos adentro a ver qué es lo que podemos hacer.

Moviendo constantemente las linternas para espantar las lianas vivientes, regresaron a la escotilla. Duncan asió a la muchacha por la cintura y la elevó hasta la entrada. Luego subió él. Cerraron y se reunieron en la cámara de controles.

El joven puso ambas manos sobre los hombros de Dyra.

—Querida —dijo—, tenemos ante nosotros dos caminos. Uno de ellos es elevarnos de nuevo y correr el riesgo de ir a parar a cualquier parte, acaso más hostil que este planeta. Otra solución es tratar de hallar y localizar la avería. ¿Qué te parece a ti que debemos hacer, Dyra?

Ella se arrojó impulsivamente en sus brazos.

—Lo que tú quieras, Duncan —exclamó.

CAPÍTULO V

a voz de Duncan brotó, profunda y tenebrosa, de las entrañas del aparato.

—¡Dyra!

—¡Un momentito, Duncan! ¡La comida estará dentro de cinco minutos, por favor!

—¡Ahora no necesito comer! ¡Ven inmediatamente!

La muchacha salió de la cámara que era comedor y dormitorio suyo al mismo tiempo y corrió hacia donde se hallaba el joven.

Se arrodilló al borde del hueco practicado por Duncan en el piso del elevador. Los ojos del joven quedaban al borde del mismo.

Duncan levantó la mano, enseñando algo entre sus dedos sucios de grasa.

—Mira —dijo—, creo que ya he encontrado la avería del selector de atracciones gravitacionales.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, muy intrigada.

—Que me ahorquen si lo sé. Lo único que puedo decirte es que esta pieza está doblada de mala manera. Fíjate en su estructura original; era completamente recta. Incluso tiene algunos sectores parcialmente fundidos como consecuencia del calor desprendido por la descarga que nos lanzaron aquellos canallas.

—Lo demás ¿está bien?

—Creo que sí, porque todas las piezas me han parecido normales. Sin embargo, no podría asegurarlo con toda formalidad. No obstante, creo que si pudiéramos construir una igual, podríamos intentar el despegue de nuevo y ver si nos orientábamos en órbita a Dekalión.

—Lo difícil es encontrar el metal para fabricar la nueva pieza —observó Dyra.

Duncan meneó la cabeza.

—Eso es lo que yo digo. De todas formas, habiendo localizado la avería, tenemos adelantado una buena parte del camino.

De repente Dyra soltó una exclamación.

—¡Cielos! ¡La comida! ¡Se me había olvidado!

Se puso en pie, dio media vuelta y corrió hacia la cámara. Duncan sonrió.

—Las mujeres. Todas igual, en cualquier parte y en cualquier circunstancia.

Se apoyó con ambas manos y salió fuera del hueco, apagando la linterna con la cual se había alumbrado en su trabajo.

—Menos mal que son de pila atómica —comentó, pensando en que ya llevaba quince días trabajando intensamente con un burdo destornillador fabricado con un pedazo de hierro, a fuerza de golpes con una piedra, como única herramienta—. Si hubieran sido de las otras, no hubiera durado ni un día.

Fue a su habitación, donde se aseó. Después se dirigió a la de la muchacha. La comida estaba ya dispuesta.

—¿Para cuántos días hay víveres? —preguntó, atacando su plato.

—Para dos semanas más. Después tengo un par de tubos de tabletas de emergencia, que podrían alimentarnos otra semana. Luego...

Duncan arrojó sobre la mesa la pieza que había extraído de las profundidades de la nave. Limpia y desprovista de la suciedad, brillaba de un modo peculiar.

—¿Qué metal es ése, Duncan?

—A primera vista, parece cobre. Es posible que lo sea; de lo contrario, no se habría fundido parcialmente, cuando las planchas exteriores resistieron el horrible calor de la descarga.

—¿Y... —preguntó ella temerosamente—, no habrá en la nave algún trozo que pueda sustituirlo?

—Me temo que no —respondió él—. En primer lugar, carezco de

lima para arrancar siquiera un pedazo de cualquier mamparo. Y, en segundo, calculo que la pieza debe ser precisamente de cobre y no de otro metal.

Dyra se desalentó.

—¿Tendremos que despegar confiando en la suerte?

—Has dicho que podemos aún subsistir tres semanas, ¿no? Dame un plazo razonable para buscar una solución, digamos ocho días. Si al cabo de ese tiempo no he conseguido nada positivo, despegaremos... ¡y que sea lo que Dios quiera!

La muchacha asintió. El resto de la comida transcurrió en medio de un lúgubre silencio.

Durante el resto de la «tarde», Duncan estuvo trabajando frenéticamente, tratando en vano de hallar la solución para sus problemas. Llegó la noche y hubo de confesarse que, salvo en la localización de la avería, no había logrado ningún progreso digno de señalarse.

Dyra observó que guardaba silencio de modo casi continuo y no quiso atosigarle con sus preguntas. A la hora de dormir, se despidió de él y se encerró en su camareta.

Duncan se tendió en el lecho, con las manos bajo la nuca y un pitillo en los labios. Empezó a pensar en la forma de solucionar aquel enojoso problema.

Su mente se concentró en la pieza de metal. Era de sección cuadrangular, de unos tres milímetros de lado, por cinco de largo. Trabajando con ahínco quizá pudiera enderezarlo; el cobre, se dijo, a fin de cuentas, es un metal blando, pero, ¿cómo reponer lo que faltaba y que había desaparecido, fundido por la descarga?

Tiró el cigarrillo a medio consumir, furioso e irritado consigo mismo. ¿Quién diablos le había mandado meterse en aquellos líos? Con lo bien que se estaba junto al fuego, con una copita de Oporto al alcance de la mano, viendo arder los troncos, en tanto que el viento aullaba al descender por el cañón de la chimenea. Pero si se hubiese negado a los requerimientos de Dyra, ¿hubiera podido disfrutar de la aventura que tanto había ansiado? Y, además, ¿no era obligación del héroe pasar muchos apuros, cuantos más mejor?

Su casa, caliente y abrigada... Volvió a ver la estancia con los ojos de la imaginación. De repente, le pareció que los troncos chispeaban en la chimenea con renovada fuerza.

Una ráfaga de luz incidió sobre un objeto de metal, haciéndolo

brillar. Era un cenicero de buen tamaño, circular, con relieves representando escenas griegas un poco... ¡ejem, ejem...! Las llamas le arrancaban reflejos parecidos a los del oro...

Pero no era de oro, sino...

¡Cobre!

¡El cenicero era de cobre!

¿Cómo alcanzarlo, si estaba a más de un año luz de distancia?

Y, de repente, notó un intenso calor en un costado.

—¡Caracoles, cómo queman estos troncos!

Se apartó de un salto. Con gesto maquinal, tomó la copa y despachó de un trago el Oporto que había.

—Está bueno —chasqueó la lengua. E inmediatamente se quedó rígido, inmóvil como una estatua, incluso suspendida la respiración.

Al cabo de unos instantes, se atrevió a mover la cabeza.

—E... estoy en casa de nuevo —dijo con un balbuceo.

Dio unos cuantos pasos en torno a la habitación. No, no cabía la menor duda. Había vuelto a su casa.

Se pellizcó las orejas hasta casi hacerse saltar la sangre. Estaba despierto y no dormido. Miró hacia la chimenea; su sillón estaba allí y el «plaid» y el cuaderno de aventuras yacían a los pies del mismo.

—Bien —murmuró, bastante desconcertado—, es evidente que he deseado volver y lo he conseguido. ¿A qué he venido? ¡Ah, sí! A recoger un cenicero de cobre para fabricar una pieza igual a la estropeada...

Bebió de nuevo otro trago de Oporto, esta vez directamente de la botella. Empezó a animarse. Luego reflexionó durante unos momentos.

Al fin concibió un plan de acción. Era evidente que no podía conseguir la reproducción de la pieza en su casa. Tenía que buscar un sitio donde le hicieran lo que necesitaba. ¿Dónde?

A tres millas había una estación de servicio. Sin embargo, no tenía la seguridad de que estuviera abierta a semejantes horas y con un tiempo tan infernal como el que hacía.

—Bueno, probar no cuesta nada. —E inmediatamente entró en una actividad vertiginosa, moviéndose por la casa con singular rapidez. Unos minutos después, había sacado el coche del garaje y rodaba a través de la ventisca hacia la estación de servicio. En el bolsillo llevaba el cenicero de cobre. Se había dejado la pieza en la nave, pero recordaba sus dimensiones aproximadas y, además, pensaba llevarse las herramientas necesarias para trabajarla y terminar una reproducción exacta.

* * *

Bill Ryan, encargado de la estación de servicio, le miró con ojos soñolientos, a la vez que le entregaba una pieza de cobre casi idéntica a la que se había estropeado.

—Tome —dijo con un bostezo descomunal—, aquí está. Son dos libras y diez chelines. No vale tanto, desde luego, pero hay que ver las horas que tiene usted de despertar a la gente.

—Conforme —dijo el joven—. Le firmaré un cheque.

Llenó el documento citado y se lo entregó al individuo. Luego empezó a mirar por el taller.

—Tengo que llevarme unas cuantas cosas —dijo—. Se las pagaré bien, no se preocupe. —Y empezó a moverse con singular rapidez, en tanto que el encargado de la estación le contemplaba preocupadamente.

Al cabo de unos momentos, volvió junto a él, con un brazado de herramientas en las manos.

—Dígame lo que vale todo, amigo —exclamó.

Ryan empezó a repasar las herramientas. Efectuó unos cuantos cálculos y al fin citó una cifra.

—Muy bien —contestó el joven, firmando otro cheque. Y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, el operario le llamó.

—Oiga —dijo—, veo que se parece usted bastante al señor Grayson.

Duncan sonrió.

—¡Naturalmente! ¡Como que es mi padre!

El encargado de la estación respingó.

—¡Eh! ¡Yo creía que el profesor era viudo!

—Está usted mal enterado de las cosas, amigo —respondió el joven —. El señor Grayson se casó secretamente hace treinta y dos años con una dama encantadora, de cuyo matrimonio... bien, el resultado está delante de usted. Gracias por todo y ¡hasta la vista!

Dejando a Ryan con la boca abierta. Duncan salió del taller como una exhalación. Montó en el coche y arrancó en el acto.

Diez minutos más tarde se hallaba en su casa de nuevo.

—¡Si me viese Callaghan! —sonrió.

Todavía tenía que hacer algunas cosas. Buscó una maleta en la que guardó las herramientas. Luego, fue a su escritorio y revolvió los cajones hasta encontrar un viejo revólver que no había usado hacía

muchos años. El revólver estaba acompañado de dos cajas de cartuchos de veinticinco unidades cada una.

—Tengo pistolas atómicas, es cierto, pero nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Regresó de nuevo al salón. Cuando ya iba a cerrar la maleta, recordó una cosa.

—¡Demonios, me olvidaba casi de lo más importante!

Se acercó al licorero y arrambló con un par de botellas de coñac, las cuales depositó igualmente en la maleta. La cerró de golpe y, luego, volvió a tomarse el último trago de Oporto.

Un momento después…

Unas manos le sacudieron con fuerza.

—¡Duncan! ¡Duncan! ¡Despierta, por el amor de Dios!

El joven se sentó en la litera, observando con asombro que estaba todavía vestido.

—¿Eh? Hola, Dyra, perdóname… Me he dormido y… Lo siento, no creí que pudiera dormir tan profundamente.

—¡Y tanto! —exclamó ella con enigmático acento.

Duncan frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quieres decir? No te entiendo en absoluto, Dyra.

—Has estado durmiendo más de veinticuatro horas. En un principio, no quise molestarte; sé que te has cansado mucho en los últimos días. Después, francamente, me alarmé y…

—¡Veinticuatro horas! —exclamó Duncan, estupefacto.

—Así es… ¿Te sientes mal? —inquirió Dyra ansiosamente.

Duncan se pasó la mano por la frente. Veinticuatro horas. ¿Por qué había dormido durante tanto tiempo?

De pronto, la muchacha reparó en una cosa.

—¡Duncan! ¿Qué es eso? —Su mano señalaba la maleta que estaba en el suelo, junto a la cabecera del lecho.

El joven respingó.

—¡Diablos! —exclamó a media voz. Sacó las piernas fuera de la litera, se inclinó y levantó la maleta. Luego miró a la joven con expresión de desconcierto—. Dyra, he estado en la Tierra.

—¿En… la Tierra?

—Así es. No me preguntes cómo porque no lo sé. Lo único que recuerdo es que después de cenar, me encerré aquí, empecé a pensar en la manera de solucionar nuestro problema y…

Le relató todo lo que había hecho. Al terminar, Dyra palmoteó alborozadamente.

—¡Duncan! ¡Eso es maravilloso! ¡Estamos salvados, salvados! —y arrojándose a su cuello, estampó un fuerte beso en los labios del joven.

Duncan devolvió la caricia con aire ausente. Sin soltar del todo el talle de la muchacha, meditó unos instantes.

Había estado durmiendo durante veinticuatro horas, cierto, pero ¿cuánto tiempo había permanecido en la Tierra?

Recordó la decoración del salón. Parecía que estaba como si acabara de abandonarlo. Los troncos recién arrojados a la chimenea, el «plaid» y el cuaderno de aventuras aún en la misma posición… Callaghan no había dado señales de vida, lo cual significaba que estaba durmiendo todavía…

¿En que extraña composición de espacio-tiempo se había movido?

A juzgar por los troncos de la chimenea, no había permanecido allí sino un tiempo reducidísimo, pese que le hubiera podido parecer que habían transcurrido varias horas. Pero tanto al llegar como al partir de nuevo, los troncos conservaban la misma apariencia. Aún daban la sensación de estar recién arrojados al hogar.

Y en la nave había dormido veinticuatro horas.

¿Él?

¿Su cuerpo?

Sacudió la cabeza. ¿A qué romperse los sesos teniendo al lado una mujer tan hermosa como Dyra?

Se inclinó hacia ella y la besó apasionadamente. Las manos de Dyra se entrelazaron detrás de su nuca.

—Amor mío —suspiró ella, un instante antes de devolver el beso.

CAPÍTULO VI

staban sobrevolando la atmósfera en torno a Dekalión.

—¿No corremos el peligro de ser detectados por las naves de Stravon? —preguntó él, sin dejar de vigilar atentamente los instrumentos de control.

—Es posible —dijo ella—. Sin embargo, hemos de correr el riesgo. De todas formas, has de tener en cuenta que Stravon ha usado solamente naves de tipo interplanetario para invadir Dekalión y que esas naves son muy inferiores a las interestelares, como la nuestra. Por lo tanto, entra dentro de lo razonable el que nuestros antidetectores consigan hacernos pasar desapercibidos a los observadores de Stravon.

—Lo cual no deja de ser un consuelo, porque no contamos con otra cosa que con nuestras pistolas para defendernos de un posible ataque. Bien —agregó—, y ahora que ya estamos llegando a tu país, ¿qué es lo primero que piensas hacer?

—Me gustaría hacer una visita a Marfoss.

—¿Marfoss? ¿Quién es ése?

—Mi primer ministro y jefe de gobierno, una persona leal y de toda confianza. Pero temo ser reconocida...

—Había pensado en eso —dijo Duncan—. Cuando estuve en la

Tierra se me ocurrió que quizá te conviniera pasar desapercibida. Tu efigie, supongo, debe ser muy conocida, ¿no?

—Claro —sonrió ella.

Duncan se puso en pie. Tocó sus cabellos.

—La gente está acostumbrada a verte con el pelo aleonado. Si te ven con la cabellera muy corta y de un color rubio muy claro, estoy seguro de que no te reconocerán.

—¿Qué piensas hacer? —exclamó ella, muy intrigada.

Duncan la tomó de la mano.

—Vamos al cuarto de baño. En la Tierra usamos una droga maravillosa que cambia por completo el color del cabello de las damas. Voy a convertirte en la rubia más sugestiva que ha pisado asfalto en las calles de Dekalión... suponiendo que vuestros pavimentos sean de asfalto.

Ella se echó a reír.

—Algo parecido —contestó, siguiéndole.

Una hora más tarde, Dyra parecía otra. Se contempló en el espejo con gesto de asombro.

—¡Dios mío! —exclamó—. No me reconocerán ni... ¿Cómo se llama esa droga, Duncan?

—Agua oxigenada —contestó él simplemente.

* * *

Antes de abandonar la nave, ella le hizo cambiarse de ropa.

—Los trajes que llevábamos eran para el espacio. En la ciudad, desentonarían.

Momentos después, Duncan aparecía vestido con una camisa y unos pantalones cortos, calzándose con unas livianas sandalias de suela muy fina. Esperó cerca de la puerta a que Dyra estuviese lista.

La muchacha llegó unos minutos después. Duncan soltó un grito de admiración al verla.

Dyra vestía una simple túnica de tela muy fina, abierta por uno de sus hombros. La túnica, aunque holgada, permitía adivinar las armoniosas líneas del cuerpo que cubría, y llegaba hasta unos centímetros de las rodillas, permitiendo ver unas piernas perfectas, cuyos pies estaban calzados con unas sandalias idénticas a las del joven.

Dyra llevaba también una especie de toga, que colgaba de su

antebrazo izquierdo. Le guiñó un ojo.

—De este modo —dijo—, puedo llevar escondidas las pistolas. Nadie las usa en Dekalión y nos haríamos sospechosos apenas nos las vieran encima.

Duncan sonrió, pero no quiso decirle que, bajo su amplia camisa y pendiente del hombro, llevaba el revólver que había tomado de su despacho. Preferiría no tener que usarlo… pero si llegaba la ocasión, lo haría sin vacilar.

Salieron de la astronave. Habían aterrizado en un ameno paraje, lleno de vegetación, cercano a la capital. El aparato estaba escondido en el centro de un pequeño hoyo, rodeado todo él de espesos matorrales. Podrían verlo acaso desde la altura, pero Dyra había dejado en funcionamiento el mecanismo antidetector, con lo cual las probabilidades de verlo se reducían al mínimo.

Caminaron, después, durante largo rato a campo traviesa. Al fin avistaron los primeros edificios de la ciudad y empezaron a cruzarse con algunos habitantes del planeta.

Duncan se sorprendió de la notable belleza física, tanto de los varones como de las mujeres, belleza que apenas si se atenuaba con el paso de los años. Todos vestían de una manera muy sencilla y cómoda, sumamente parecida a la de ellos. La ligereza del indumento estaba facilitada por la suave temperatura que reinaba en Dekalión, la cual, según le explicó Dyra, apenas si variaba a lo largo del año.

Duncan observó también, muy asombrado, la casi total ausencia de vehículos.

—Nosotros —dijo la muchacha—, hemos superado la fase de mecanización, desde luego, a lo largo de una evolución natural que ha durado cerca de un milenio. Consideramos mucho más interesante atender al espíritu y al cuerpo, proporcionándoles sus necesidades mínimas, que no depender de un proceso excesivamente mecánico. Han sido precisos largos siglos para que hayamos podido llegar a la convicción de que lo más acertado es contentarse con lo indispensable para la subsistencia. Por eso no verás en Dekalión teléfonos, ni radio, ni T.V., ni apenas vehículos automóviles, que sólo se usan en servicio colectivo del planeta y para casos muy extremos. ¿Para qué automóviles si la gente vive bien donde se encuentra y no necesita buscar nada que le apetezca, porque todo lo tiene?

—En suma —suspiró Duncan, mientras entraban ya en la ciudad—, que esto es una Arcadia feliz. —Y para sus adentros se dijo que el clima

debía tener notoria influencia en la forma de vivir de los Dekalianos. «Como tuvieran un clima tan irregular como el de la Tierra, otro gallo les cantara».

De pronto, Dyra se estremeció, a la vez que se agarraba con fuerza al brazo del joven.

—¡Mira, Duncan! —murmuró en voz baja.

Había un grupo de soldados, tres o cuatro, charlando tranquilamente en una esquina. Vestían de un modo raro y hasta anacrónico: casco con cimera de cerdas rojas, prolongado en una visera y unas orejeras que les cubrían casi todo el cráneo y buena parte de la cara; coraza de metal plateado, grebas del mismo metal y una larga y ancha espada al cinto. Llevaban los brazos casi al aire y las manos enfundadas en unos pesados guanteletes de algo muy parecido al cuero, fuerte y grueso.

—Son los hombres de Stravon —dijo ella con un susurro—. La invasión se ha consumado.

—Les echaremos de aquí —contestó Duncan, en el mismo tono.

Pasaron por delante de los soldados, sin que éstos se dignaran echarles siquiera una mirada. Dyra dobló la esquina, sintiendo que el corazón le palpitaba con violencia.

—¿Se me habrá notado en la cara, Duncan? —preguntó, cuando ya se hubieron alejado de los soldados.

—No. Los hombres de Stravon andan buscando a una mujer con el cabello leonado y más largo que el tuyo. ¿Cómo iban a imaginarse que esa estupenda rubia platino que acaba de pasar por su lado es la mujer reclamada por su Jerarca?

Y al mismo tiempo que hablaba, Duncan señaló con la mano un cartel pegado en la pared, con la fotografía de la muchacha en colores naturales.

—¡Dios mío! —murmuró ella, palideciendo horriblemente.

—Repórtate —dijo el joven—. Procura mantener en todo momento la serenidad o, de lo contrario, estamos perdidos. Cuidado, ahí viene una patrulla. Mira el cartel con interés y no vuelvas la cabeza.

Dieron la espalda a la calle y se entretuvieron en leer la oferta de recompensa. El que diera un indicio o delatara el lugar donde se escondía la princesa Dyra, recibiría una gran suma de dinero, además de honores y otros premios.

—Ni uno solo de los dekalianos me venderá —dijo Dyra con acento convencido.

—No estés tan segura de ello —masculló el joven—. Yo sé de un

hombre mucho mejor que tú y que yo, por supuesto, a quien un amigo suyo vendió por una suma ínfima, muchísimo menor que la que ofrecen por ti. Debes ir haciéndole a la idea de que en todas partes hay traidores… y si no, ¿por qué crees que te teñí el cabello?

La patrulla pasó por su lado. Los soldados, al mando de un oficial, caminaban con paso rítmico y pesado, la vista al frente, rígidos, hieráticos, seguros de su poder y de su fuerza.

—Sigamos —dijo él.

Una hora más tarde, se hallaban en las inmediaciones de la residencia del primer ministro de Dekalión.

La casa estaba rodeada de un frondoso jardín, circunvalado por una tapia, ante cuya puerta había dos soldados de guardia, con las espadas desenvainadas.

Duncan levantó la vista al cielo. La sexta estrella de Castor, que era la que proporcionaba luz y calor al planeta, estaba ya a punto de hundirse en el horizonte.

—Debemos esperar a que se haga de noche —dijo él—. Hemos de entrevistarnos con Marfoss sin que nadie se entere y concretar un plan de ataque. Marfoss, además, podrá decirnos dónde está Stravon y cuáles son los planes de éste. Sería pueril e inútil actuar sin conocer las intenciones de nuestro enemigo y ello nos conduciría a la derrota de antemano, ¿comprendes?

—Sí —respondió la muchacha, convencida por los argumentos de Duncan.

El lugar donde estaba emplazada la casa del primer ministro era un paraje ameno y atrayente. Los prados abundaban por todas partes y en ellos se veían numerosos dekalianos de ambos sexos que gozaban de la espléndida temperatura reinante. Convertidos en una pareja más de las muchas que había por aquellos parajes, Duncan y Dyra esperaron la llegada de la noche.

* * *

El cielo de Dekalión estaba iluminado por tres pequeñas lunas, cuyo volumen no alcanzaba siquiera a la cuarta parte del de la terrestre, pero que al orbitar muy juntas en torno al planeta, proporcionaban una ligera iluminación que permitía distinguir con cierta facilidad los contornos de las cosas.

Duncan y Dyra se deslizaron sigilosamente por el jardín, hasta llegar

a una de las ventanas de la casa. Las cortinas estaban casi corridas y, a través de la abertura, pudieron divisar a un anciano de noble aspecto, que se paseaba por la estancia con aire de suma preocupación.

Dyra miró al joven. Éste asintió con la cabeza y la muchacha, entonces, golpeó con los nudillos los cristales de la ventana.

Marfoss volvió la vista. Frunciendo el ceño, se acercó a la ventana y la abrió.

—Soy yo, Dyra —murmuró la muchacha.

—¡Por la Galaxia! —exclamó el primer ministro—. ¡Dyra! ¡Tú!

—Sí. He vuelto ya, Marfoss... y no sola.

—¿De verdad? ¡Qué noticia tan espléndida! Pero, aguarda un momento.

Marfoss se retiró al interior de la habitación, volviendo casi al instante a la ventana.

—He cerrado la puerta para que nadie nos moleste. Entrad.

Duncan ayudó a la muchacha a franquear la ventana. Él pasó a su vez y luego corrió del todo los cortinajes.

Marfoss le examinó con innegable curiosidad.

—Así que éste es el hombre —dijo.

—Duncan Grayson, para servirle —saludó el joven, alargando la mano, que Marfoss estrechó sin vacilar.

—Parece fuerte y, sobre todo, inteligente. ¿Crees que dará resultado, Dyra?

—Estoy aquí, ¿no? —respondió ella—. Y no será porque Stravon no haya intentado impedírmelo.

El rostro de Marfoss se ensombreció repentinamente.

—¡Stravon! —exclamó—. Es cierto, casi lo había olvidado en mi alegría por verte de nuevo. Pero, permitidme antes que os ofrezca una copa de vino. Esto os confortará.

Duncan pensó en el coñac que tenía en la nave. El vino de Dekalión, sin embargo, no tenía que envidiar al mejor de los terrestres.

—Un buen vino, evidentemente —comentó, paladeándolo con fruición.

—¿Y bien? —dijo Dyra, después de los primeros sorbos—. ¿Qué hay de Stravon y su cohorte de esbirros?

—Nada, excepto que han ocupado el planeta por completo —contestó Marfoss—. Para mantener una ficción de legalidad, han conservado el primitivo gobierno, del cual sigo siendo jefe, pero sólo en

apariencia. Si hay que tomar una decisión de importancia, debemos someterla antes a la aprobación de Stravon.

—Lo cual significa —exclamó la muchacha con vehemencia—, que somos sus esclavos.

—Exactamente —contestó Marfoss. Se sobresaltó cuando vio a Duncan que encendía un cigarrillo, pero no efectuó el menor comentario.

—¿Sabes algo de los planes de Stravon? —preguntó Dyra.

—Sí. Aparte de buscarte con ahínco, hace construir una flota entera de naves interestelares con el fin de expandir su poderío en todos los sistemas de Castor. Nuestros antepasados —dijo Marfoss sombríamente — cometieron un error al conservar algunos aparatos en el museo. Ahora, Stravon puede construir, no solamente naves interestelares, sino lo que es peor: toda clase de armas atómicas. Algunos de sus soldados están ya equipados con esas pistolas.

Dyra exhaló un gemido.

—¡Qué horrible! —exclamó—. Y los dekalianos, desarmados por completo...

—Pero no han actuado porque faltabas tú, Dyra —dijo el primer ministro—. Están esperando solamente que alguien les conduzca al combate, que alguien les guíe y sea su caudillo para poder derrotar y expulsar a los invasores. No tienen armas, pero lucharán con las manos si es preciso contra Stravon y sus sicarios.

Dyra miró a Duncan. Las palabras de su primer ministro la habían llenado de satisfacción.

—¿Qué te parece? —preguntó.

El joven se frotó la mandíbula con aire reflexivo.

—Como discurso, sus palabras han sonado magníficamente, pero carecen de realidad y de sentido común. No se puede luchar con las manos contra un hombre armado con una pistola desintegradora. Hay que poseer, por lo menos, otra igual para tener siquiera un mínimo de posibilidades.

—Entonces, ¿qué es lo que sugieres debemos hacer, Duncan?

Éste volvió la vista hacia Marfoss.

—¿Qué posibilidades hay de construir armas en Dekalión?

—Prácticamente, ninguna. En el museo había también unas cuantas máquinas-herramienta, de las cuales se apoderaron los hombres de Stravon. Con muchas fatigas y bastante trabajo, podríamos, quizá, construir espadas, lanzas, arcos y flechas, pero sería a base de labor

manual, y ellos mientras tanto, disponen de esas máquinas, las cuales, con sólo suministrarles la materia prima, les fabrican las armas que desean. Naturalmente, hay pocas máquinas y por lo tanto, pocas armas, pero tienen más que nosotros y eso es muy importante.

Duncan reflexionó unos instantes.

—¿Sabes tú dónde están instaladas esas máquinas?

—Claro. En el museo de nuestra antigua civilización. Eso es ahora su fábrica de armamento y de naves espaciales.

El joven asintió pensativamente.

—Muy bien, con eso tengo más que suficiente. He ideado un plan... pero necesitaré algún tiempo antes de llevarlo a la práctica.

—¿Qué es lo que piensas hacer? —inquirió Dyra con ansiedad.

—Te lo diré en el momento oportuno. Mientras tanto, creo que sería hora ya de que descansáramos un poco, ¿no te parece?

Dyra le contempló con aire desconcertado. Pero confiaba implícitamente en Duncan, por lo que no opuso la menor objeción a sus palabras.

—Os indicaré dónde podréis hacerlo —habló Marfoss—. En mi opinión, creo que no sería conveniente que os quedaseis en mi casa. Stravon está en el planeta y de vez en cuando me envía a alguno de sus oficiales para ordenarme tal o cual cosa, aparte de que, como habéis podido apreciar, tengo siempre unos soldados vigilándome.

—¿Dónde iremos, pues? —preguntó la muchacha.

—Anter, mi primer secretario, es hombre de toda confianza. Os daré su dirección en la ciudad. A él no le molestan en absoluto. Podréis permanecer escondidos en su casa todo el tiempo que deseéis y nadie sabrá que estáis allí.

—No es mala idea —aprobó Duncan. Se puso en pie—. Tú me guiarás, Dyra.

Marfoss facilitó a la muchacha la dirección de su primer secretario.

—Si queréis algo de mí, hacédmelo saber por mediación de Anter. Os complaceré en el acto.

—Gracias —respondió Dyra. Y, en unión de Duncan, se marchó por el mismo sitio que había entrado.

CAPÍTULO VII

yra entró en la habitación donde se alojaba el joven y se lo encontró tendido en el lecho, con las yemas de los dedos unidas y la mirada perdida en el techo.

—¿Que haces, Duncan? Ya llevas así dos días, sin moverte apenas de la cama, excepto para lo más indispensable. ¿Cuándo piensas pasar a la acción?

Duncan la miró con una amplia sonrisa.

—Estaba buceando en mis recuerdos para encontrar la solución a una situación como la nuestra.

—¿Y la has hallado?

—Creo que sí... pero para ello, necesitaría disponer de dos o tres hombres de «toda» confianza, ¿comprendes? Además, preciso también de un lugar discreto y reservado donde podamos trabajar sin temor a molestas interrupciones.

—Muy bien —contestó ella—. Hablaré con Anter y él nos facilitará a esos hombres.

—Procura que sean jóvenes y fuertes.

—De acuerdo.

Hasta la noche no volvió Anter con los individuos requeridos. Duncan salió entonces de su estatismo y los examinó críticamente.

—Muy bien —dijo al fin, satisfecho de su apariencia—. Creo que sois los que estaba buscando. ¿Alguno de vosotros conoce un lugar en el campo, donde podamos permanecer ocultos sin ser vistos por nadie? Necesitaremos al menos una semana de tiempo antes de poder empezar a actuar.

—Yo sé ese lugar —dijo uno de los jóvenes—. Es una cueva grande y capaz de contener a cien hombres a la vez. Está en un paraje muy poco frecuentado y no creo que allí nos descubran.

—Espléndido. —Duncan volvió la vista hacia Anter—. Necesitaré que me busques dos elementos que necesito para llevar mi plan a efecto.

—Conforme —dijo el secretario—. Dímelo, y yo me encargaré de ello.

Duncan impartió determinadas instrucciones a sus hombres. Luego pidió un mapa y se hizo señalar en el mismo el emplazamiento de la cueva.

—De acuerdo —dijo al terminar—. Dentro de dos días me reuniré con vosotros. Esperaré aquí a que Anter os haya facilitado los otros materiales; cuanto menos visibles nos hagamos Dyra y yo, mejor para todos.

—¿Crees que con tu plan conseguirás algo positivo? —inquirió la muchacha.

—Escucha, ¿qué supones tú que sucede cuando cierras el grifo del agua? El líquido cesa de manar, ¿no es así?

Dyra sonrió.

—Me parece que ya te entiendo. Tratas de cortarle a Stravon su fuente de suministros de armas y naves.

—Exactamente —respondió él—. Bien, muchachos, a trabajar; los minutos cuentan.

Los tres hombres se marcharon. Anter salió de la estancia discretamente, dejando solos a Dyra y a Duncan.

Ella apoyó sus manos en los hombros de él.

—Duncan —musitó—, ¿cómo podré pagarte todo lo que haces por mí?

El joven sonrió suavemente.

—Me parece que ya me he cobrado el premio por adelantado, ¿no crees?

Se inclinó hacia ella, sujetándola por la cintura. En el momento en que sus labios iban a fundirse en un beso, Anter irrumpió súbitamente

en la estancia.

—¡Los soldados de Stravon están registrando la casa! —exclamó despavorido.

Duncan y Dyra se separaron en el acto. La muchacha palideció.

—Están mirando piso por piso y habitación por habitación —agregó Anter.

El joven se mordió los labios. Si los hombres de Stravon los encontraban allí, lo iban a pasar muy mal. Él podía simular ser un nativo de Dekalión, pero el rostro de Dyra era inconfundible, si se examinaba con un poco de atención. Había podido pasar desapercibida a su llegada, porque nadie le había arrojado una mirada más intensa que otra, pero en el momento en que los esbirros de Stravon la tuviesen frente a sí, el desenmascaramiento resultaría inevitable.

Sus vacilaciones duraron muy poco.

—Hemos de huir —decretó. Se sujetó a la cintura la pistola desintegradora e hizo que Dyra le imitase.

—¡Vamos!

Salieron de la habitación. Las casas de Dekalión no eran muy altas, cuatro o cinco plantas cuanto más, lo cual excluía toda posibilidad de ascensores. La subida a los pisos se hacía por medio de suaves rampas internas, en forma de caracol, lo cual dejaba un amplio hueco circular en el centro.

Salieron del domicilio de Anter. En los pisos inferiores se oían gritos e imprecaciones, mezclados con algunos sollozos femeninos.

Un pelotón de soldados salió de pronto de la planta inferior. A su frente iba un oficial armado con una pistola desintegrante.

—¡Registradlo todo, pronto! —aulló el oficial.

Duncan maldijo entre dientes. Tenían la retirada cortada. ¿Por dónde huir?

Y, de pronto, el oficial los divisó.

—¡Eh, vosotros —gritó—, bajad aquí! ¡Quiero saber quiénes sois!

Dyra se apretó temerosamente contra el cuerpo de Duncan. Súbitamente, uno de los soldados la reconoció.

—¡Es la princesa!

El oficial soltó una exclamación de alegría. Al mismo tiempo, apuntó a Duncan con su pistola.

—¡Quietos ahí y no os mováis! —ordenó.

Duncan advirtió que solamente el oficial iba armado con pistola

atómica. La producción de Stravon no era suficiente todavía para cubrir las necesidades de su ejército.

Sin pensarlo dos veces, sacó su revólver y disparó contra el oficial.

La detonación resonó fragorosamente en el ámbito circular de la rampa. El oficial lanzó un grito y se desplomó.

Un soldado quiso apoderarse de la pistola atómica. Duncan disparó dos veces más. El soldado cayó y el otro proyectil alcanzó a la pistola, destrozándola en medio de una cegadora llamarada, cuyo calor abrasó a dos soldados más.

Los restantes retrocedieron, terriblemente asustados por el poder de un arma desconocida para ellos. Duncan aprovechó este momento de indecisión y asió la mano de Dyra, echando a correr por la rampa hacia arriba.

No sabía exactamente a dónde se dirigía, pero estaba seguro de que había más soldados en la calle y que, pese al poder de su revólver, franquear aquella barrera les habría resultado imposible. La única solución, por el momento, era alcanzar el tejado de la casa y ver de pasar a otra contigua.

La casa no tenía exactamente tejado, aunque sí una azotea. Duncan y Dyra salieron a la misma, oyendo a sus espaldas las pisadas de los soldados que corrían en su persecución.

La salida de la azotea se efectuaba por una especie de escotillón de gran tamaño, que se cubría con una trampa que giraba lateralmente. Duncan cerró la trampa, justo en el momento en que dos soldados asomaban por el escotillón. Los individuos rodaron, derribando aparatosamente a quienes les seguían.

Dyra le miró ansiosamente.

—No podremos resistir mucho —exclamó.

La trampa disponía de un cerrojo, que Duncan corrió. Casi en el acto se oyeron los golpes de las espadas de los soldados contra la madera.

El joven recorrió con la vista el ámbito en torno a ellos. La casa más próxima estaba a una docena de metros de distancia cuanto menos y aquel espacio resultaba insalvable. La calle se hallaba a quince metros y pensar en saltarlo sin un medio adecuado, era pura utopía.

De pronto, Duncan divisó algo que le hizo concebir una ligera esperanza. Volviéndose hacia la trampa, amartilló el revólver, terminando de vaciar el tambor. Se oyeron unos gritos de dolor y los golpes cesaron momentáneamente.

Recargó el arma. Tendido entre la casa en que se encontraban y la

frontera había un cable del cual pendían aún algunas banderolas con las armas de Stravon. Los cables estaban sujetos a sendos mástiles de ocho o diez metros de altura, empotrados en el suelo de la azotea.

Duncan sacó ahora la pistola atómica y desintegró la base del mástil que tenía más cercano. El mástil cayó con gran estrépito, destrozando parte del parapeto de la balaustrada, pero quedó dentro de la azotea.

Acto seguido, enfundó la pistola atómica y sacó el revólver de nuevo. Para lo que quería hacer, el revólver resultaba ideal.

Agarró con la mano izquierda el cable, situándolo lo más lejos posible del punto de unión con el extremo del mástil. Luego apretó el gatillo con rapidez. Las balas cortaron el cable, cuyo grosor era de unos dos centímetros. Duncan guardó el revólver y pegó un par de fuertes tirones.

—Resistirá —dijo, mientras a sus espaldas la madera de la trampa empezaba ya a saltar en astillas.

Se puso en pie en el parapeto, agarrando el cable con ambas manos, a la vez que procuraba tensarlo.

—¡Dyra, ven!

La muchacha obedeció temerosamente. Subió al parapeto.

—Agárrate fuerte a mi cuello.

—Sí, Duncan.

—¿Lista?

Ella asintió, con la respiración en suspenso. De pronto, la trampa saltó en mil pedazos y un torrente de soldados se precipitó por la abertura, aullando desaforadamente.

—¡Allá vamos! —gritó Duncan, dejándose caer en el vacío.

Suspendidos del cable, atravesaron el espacio con la velocidad de un meteoro. Duncan miró en una ocasión hacia el mástil y lo vio combarse de manera alarmante.

Pero esto había sido solamente al recibir el impacto del peso de ambos cuerpos. El mástil era fuerte, además de flexible, y realizó un movimiento inverso, ayudando a Duncan a franquear aquel espacio, como si fuese una gigantesca caña de pescar tirando del hilo.

El viento rugió en sus oídos. La calle desfiló por debajo de ellos vertiginosamente.

Duncan encogió las piernas para no tropezar con el otro parapeto. En el momento en que lo iba a atravesar, divisó un grupo de soldados que surgía a la azotea por la cual pensaba escapar.

—¡Agárrate fuerte! —aulló al oído de Dyra.

Se arrojaron encima de los soldados con el ímpetu de una bala de cañón. Uno de ellos fue alcanzado de lleno por el golpe y voló por el aire, saltando por encima del parapeto, mientras lanzaba un alarido desgarrador.

Los otros rodaron por el suelo en terrible revoltijo. Pero su masa había servido para frenar el impulso que llevaban los fugitivos.

Duncan y la muchacha también rodaron por el suelo. El joven, sin embargo, se repuso rápidamente y se incorporó de un salto.

Uno de los soldados se le echó encima, blandiendo su espada, de una pesadez y un filo suficientes para decapitarle de un solo golpe, si era asestado con acierto. Duncan lo esperó a pie firme.

En el momento en que el soldado se disponía a descargar el mandoble, Duncan levantó la mano izquierda, atenazando la muñeca de su oponente, al mismo tiempo que disparaba el puño derecho.

El soldado lanzó un gruñido agónico y se curvó sobre sí mismo. Duncan levantó la rodilla, terminando con él. La espada pasó a su poder.

Otro soldado le acometió furiosamente. Duncan no tenía la menor noción de esgrima, aunque sí sabía una cosa: o esquivaba el sablazo o le ensartarían como a un pajarito.

Saltó a un lado, a la vez que movía la espada en sentido horizontal. El soldado se desplomó con la cara bañada en sangre.

Otro corrió hacia él, igualmente blandiendo su espada. Duncan decidió que no debía correr ningún otro riesgo.

Hizo saltar la espada en su mano y la agarró por la hoja, en la parte inmediata a la empuñadura. Luego tomó impulso y la lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El guardia se detuvo en el acto, con una horrible expresión retratada en su rostro. La punta de la espada le asomó por entre los omoplatos.

Estuvo quieto un momento. De pronto, se desplomó de bruces, con un atroz ronquido. La espada terminó de atravesarle.

Quedaban todavía dos guardias. Éstos, aterrorizados, depusieron las armas inmediatamente.

—Bien —dijo Duncan, jadeante y empapado en sudor—, creo que ya podemos marcharnos de aquí.

Dyra le miró con ojos de admiración. No opuso la menor resistencia cuando Duncan la cogió de la mano y tiró de ella, arrastrándola hacia la rampa de bajada.

Descendieron a la carrera. En medio del grave riesgo que corría,

Duncan exultaba de alegría.

¡Estaba en plena aventura! ¡Su aventura! ¡Luchas, riesgos, peleas… y una mujer hermosa por quien combatir! ¡Esto era lo que había deseado toda su vida!

De pronto, sintió que Dyra se detenía bruscamente. La mano de la muchacha soltó la suya.

Se volvió, viendo un soldado que había salido por una puerta, sorprendiendo a la muchacha. El individuo tenía a Dyra asida por el talle, a la vez que con la otra mano le tapaba la boca.

Más soldados salieron por aquella puerta. Sin vacilar, Duncan se arrojó contra ellos.

Peleó con ciego furor. En medio de la lucha, deseó que todos aquellos individuos murieran, pero, por alguna razón inexplicable, no ocurrió nada de lo que había esperado.

Dyra desapareció de su vista. Sus puños se movían como aspas de molino, derribando guardias sin cesar. Pero cada vez que caía uno, otro le sustituía.

Finalmente, empezó a sentir cansancio. Las fuerzas le abandonaron.

Todavía pudo derribar a dos de sus enemigos. Pero, de repente, sintió un fuerte golpe en la nuca.

Un fogonazo estalló delante de sus ojos con deslumbrante resplandor. Luego, el relámpago se descompuso en mil fragmentos multicolores que fueron disminuyendo poco a poco, hasta desaparecer en una noche oscurísima.

CAPÍTULO VIII

espertó sintiendo un intenso dolor de cabeza. Notó el suelo duro y un ligero olor a humedad.

Abrió los ojos. Se dio cuenta de que estaba en una habitación penumbrosa, iluminada solamente por una estrecha tronera situada cerca del techo, a cuatro o cinco metros sobre el suelo.

Se sentó, agarrándose la cabeza con ambas manos. El dolor aumentó y descendió en rítmicas oleadas que, poco a poco, sin embargo, empezaron a decrecer.

Entonces, cuando se sintió un poco mejor, estudió el lugar en que se hallaba.

Era una mazmorra de suelo y paredes de piedra, cubiertas de musgo por la humedad. El techo era abovedado y estaba al menos a seis metros del suelo.

En el lado opuesto al que se hallaba había una puerta. Ésta se encontraba a cuatro metros del suelo y no disponía de escalera alguna para llegar a ella. Duncan pensó que lo habrían llevado hasta allí suspendido de alguna cuerda; salvo el dolor de cabeza, no notaba las consecuencias de ningún golpe fuerte, como sin duda habría sucedido de haber sido arrojado desde lo alto de la puerta.

De pronto oyó un gemido. Volvió la cabeza, asombrado, divisando

un bulto tendido en el suelo.

El corazón le latió precipitadamente. Se acercó a la persona que yacía en el suelo, pero su decepción fue enorme al darse cuenta de que no se trataba de Dyra.

Sin embargo, aquella persona le resultó conocida. Era Anter, el primer secretario de Marfoss.

Anter estaba todavía bajo los efectos de un fuerte golpe en la cabeza. Poco a poco fue recuperándose, hasta volver a la plena conciencia de sus actos.

Se quedó muy asombrado al ver a Duncan.

—También a ti te han hecho prisionero —exclamó.

—Ya puedes verlo —sonrió el joven—. ¿Qué te sucedió?

—Los hombres de Stravon fueron a buscarme y me trajeron aquí. Uno de ellos me golpeó en la cabeza. Eso es todo lo que recuerdo.

—Al menos —dijo Duncan—, sabrás dónde estamos.

—Sí. En los sótanos del palacio de Dyra.

—¡Vaya! —masculló el joven—. Yo creía que esto de las mazmorras subterráneas era cosa exclusiva de la Tierra.

Anter sonrió de mala gana.

—Realmente y por lo que yo sé, hace siglos que no se usaban estos calabozos.

—Pues Stravon parece que ha mudado de parecer —gruñó Duncan —. ¿Sabes algo de Dyra?

Anter movió la cabeza negativamente.

—No tengo la menor idea de dónde está… aunque sí calculo que en mejor situación que nosotros, por supuesto.

Duncan torció el gesto.

—Sobre eso —dijo—, habría mucho que discutir. —Se puso en pie y flexionó los miembros, notando complacido que las fuerzas le habían vuelto por completo—. ¿Qué piensas que harán con nosotros, Anter?

—Nada bueno, desde luego. De todas formas, ya te he dicho que no he tenido tiempo de enterarme de nada. Me cogieron prisionero y eso es todo cuanto sé.

—Que no es mucho, ciertamente —masculló Duncan, descontento—. ¿Y mis tres ayudantes?

—Supongo que habrán podido llegar a la cueva y estarán trabajando ya. Les dije dónde podrían encontrar los materiales que tú indicaste y se fueron.

—Con tal de que no cometan ningún desaguisado. ¿Crees que Stravon sospechará que tenemos tres hombres trabajando para nosotros?

—No puedo asegurarlo, aunque me parece que tuvieron tiempo de salir antes de que los soldados empezaran el registro. Si es así, Stravon no sabe nada, desde luego.

—Ésa es una buena noticia —comentó Duncan. Lanzó una mirada circular—. Y de aquí no hay quien escape, por más esfuerzos que haga.

Se tanteó la camisa, maldiciendo entre dientes. El revólver había desaparecido, así como la pistola atómica.

—Claro, ¿cómo podía suceder lo contrario? —murmuró. Y, de repente, se acordó de un detalle—. ¡Anter!

—¿Sí, Duncan?

—Escucha, no sé si sabrás que yo poseo una fuerza mental extraordinaria.

—Sí, Dyra me lo relató.

—Bien, cuando estaba peleando con los soldados, deseé que se desmayaran todos y no sucedió nada de ello. ¿Por qué? ¿Lo sabes tú?

—Son los cascos que llevan. Les protegen contra posibles influjos telepáticos.

—Ése Stravon piensa en todo —dijo el joven, disgustado.

—Y, además, te impedirán usar la mente mientras haya soldados provistos de esos cascos en un radio de mil pasos al menos.

—Lo cual significa que mientras haya un solo hombre de Stravon, mi mente carecerá de poder alguno.

—Exactamente.

Duncan refunfuñó algo entre dientes. De pronto oyó un ruido extraño.

Volvió la cabeza hacia el lugar de donde procedía el ruido y al instante sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

¡Un enorme chorro de agua penetraba por la tronera, cayendo al suelo de la mazmorra!

La tronera tenía unos diez centímetros de anchura por cincuenta o sesenta de alto y el líquido penetraba en toda su extensión. En pocos segundos, los pies de ambos cautivos quedaron cubiertos por completo.

El agua estaba frigidísima. Duncan se sintió helado casi al instante.

—¿Pensarán ahogarnos? —exclamó con furor impotente.

El líquido ascendió con rapidez. Pronto alcanzó sus rodillas.

El ruido del agua al caer era ensordecedor y les obligaba a hablar a gritos. En pocos minutos les llegó al pecho.

—Tendremos que nadar —gritó Duncan, que se sentía aterido.

Pero aquélla no era solución. ¿Qué sucedería cuando el agua llegase al techo?

—Nos ahogaremos, indudablemente —gruñó, dando la primera brazada.

Perdieron pie. El agua alcanzó rápidamente los dos metros.

Duncan tenía la sensación de estar sumergido en un bloque de hielo, tal era la frialdad del líquido. Pronto empezó a perder la sensación táctil en manos y pies.

A pesar de todo, aguantó bastante bien aquel tremendo frío. Anter, sin embargo, era menos resistente y, de pronto, se hundió.

Duncan buceó, logrando sacarlo a flote. Anter braceó desesperadamente.

—Déjame —jadeó—. Déjame y sálvate tú, por lo menos.

—Eso es un poco más difícil que lo que crees —gruñó él con tono pesimista. Pero las fuerzas se le acababan rápidamente.

El frío invadió todo su cuerpo. Comprendió que pocos minutos después, todo habría terminado, quizás antes de que el agua alcanzase el nivel del techo. El líquido continuó subiendo. Ya estaba a pocos centímetros del borde inferior de la puerta.

Y, de repente, el chorro cesó. El nivel del agua se estabilizó.

—No sé qué es peor —murmuró Duncan, haciendo esfuerzos sobrehumanos por mantenerse a flote él y a su compañero de desventuras—, si helarnos o ahogarnos.

Bruscamente, un poderoso rayo de luz iluminó la mazmorra. Duncan volvió la vista hacia la fuente de luz y lanzó una exclamación de alegría al ver la puerta abierta de par en par.

Pero su alegría se disipó bien pronto. La puerta daba a un largo corredor, el cual estaba lleno de soldados.

—Vamos, acercaos —gruñó el oficial que iba al frente del pelotón.

Duncan nadó con gran dificultad hacia la puerta. El oficial soltó una carcajada.

—Ha sido una buena idea ésta de inundar la cueva. Esto nos ha ahorrado el trabajo de izaros con cuerdas.

Duncan le arrojó una mirada cargada de veneno. Pero apenas podía moverse.

Unas manos le agarraron sin ningún miramiento y le arrastraron al corredor. Quedó tendido sobre las losas, empapado de agua de pies a cabeza y tiritando de frío. A su lado, Anter no se movía apenas. El oficial les pateó desconsideradamente.

—¡Vamos, arriba!

—Un día de éstos —dijo Duncan—, meteré la mano por tu puerca boca y te volveré el estómago del revés.

El oficial le pegó otro puntapié, derribándole cuando todavía estaba a medio levantarse. La frialdad del agua había anulado su capacidad de reacción y no pudo hacer otra cosa que emitir un quejido de dolor.

Fueron obligados a ponerse en pie a la fuerza y empujados a golpes y a patadas a través del corredor. Ascendieron una larga rampa en caracol hasta llegar a una puerta vigilada por un pelotón de hombres, todos ellos armados con fusiles desintegrantes.

El oficial habló con el jefe del pelotón. Éste asintió y ordenó que abriesen la puerta.

Duncan y Anter fueron introducidos en un gran salón, lujosamente decorado. La estancia mediría más de cincuenta metros de largo por la mitad de ancho, aproximadamente, y estaba llena de gente.

Los rostros de todos los presentes aparecían inusitadamente graves. La inmensa mayoría eran hombres, aunque también se veían algunas mujeres, y estaban distribuidos en dos espesas hileras a ambos lados del salón.

En el extremo opuesto, en el centro, había una especie de estrado con dos sillones. Marfoss, el primer ministro, estaba en pie, a mitad del estrado, a la derecha de los sillones ocupados, respectivamente, por Dyra y un hombre de arrogante aspecto.

El hombre tendría unos cuarenta años de edad y era de magnífica presencia física, de ojos vivaces, que parecían penetrar hasta el alma de la persona a quien miraba. Una corta pero espesa barba negra adornaba su rostro y, en torno a las sienes, llevaba una estrecha banda de metal constelada de piedras preciosas.

Dyra permanecía en su sillón, rígida, erecta, con las manos crispadas sobre los brazos de los mismos. La muchacha vestía un traje de tejido de oro, ceñido prietamente a su cuerpo, el cual dejaba al descubierto unos hombros de singular blancura. Sus cabellos habían recobrado el tono habitual y en torno a ellos tenía una banda idéntica a la que llevaba Stravon.

El silencio era absoluto cuando los dos prisioneros fueron empujados

hasta las cercanías del estrado, dejando un reguero de gotas de agua en el suelo. Dyra miró al joven con desesperada expresión de súplica. Duncan sintió que el pecho le hervía en ira al ver que Stravon había conseguido sus malignos propósitos.

Stravon sonrió satisfecho al ver el abatido aspecto que presentaban los prisioneros.

—De modo —dijo—, que ése es el valiente y astuto terrestre al cual trajiste para luchar contra mí.

Dyra no contestó. Su pecho se agitó perceptiblemente, a la vez que cerraba los ojos unos instantes.

Stravon soltó una corta risita.

—Duncan Grayson, vas a morir —dijo—. Podría conservarte la vida, podría ofrecerte honores y riquezas a mi lado, pero sé que no aceptarías. Y aunque aceptases, también sé que sólo sería un ardid tuyo para continuar luchando contra mí.

»No, eres un hombre demasiado peligroso para seguir viviendo. Dyra resultó muy inteligente al traerte hasta aquí. Bajo tu dirección, los dekalianos podrían haberme combatido con éxito. Sabes muchas cosas... y hay que reconocer que eres un hombre valioso, a quien lamento mucho destruir.

»Pero la razón de Estado lo exige así. Hoy celebramos los esponsales y dentro de una semana Dyra y yo nos habremos convertido en marido y mujer. Después de esto, nadie se atreverá a atacarme y yo habré conseguido lo que deseaba. Es decir, la primera etapa de mis planes. Más adelante, cuando me sienta con fuerzas suficientes, emprenderé la conquista de los otros cuatro sistemas, segunda etapa de lo que deseo conseguir. La tercera etapa será, quizá, más larga y dificultosa; se trata, nada menos, que de conquistar otros sistemas más alejados... pero todo se andará con el tiempo. Y entonces no habrá quién no oiga mi nombre con infinito respeto, como el del ser más poderoso de la Galaxia.

Duncan comprendió al instante que se hallaba ante un megalómano, un individuo aturdido y obsesionado por el ansia de poder y de gloria, orgulloso, vanidoso y pagado de sí mismo. Stravon no retrocedería ante cualquier crimen por perverso que fuera con tal de conseguir sus perversos designios... lo cual significaba que, en lo concerniente a él, podía darse por muerto.

—¿Y por qué me cuentas a mí todo eso —preguntó tranquilamente —, si sabes que voy a morir?

Stravon soltó otra risita.

—No me gusta matar a la gente sin hacerle conocer los motivos que tengo para obrar así, Duncan Grayson. Y en cuanto a tu desdichado compañero, pagará con la vida el delito de haberos ocultado en su casa.

—Está bien —contestó el joven, resignado—. ¿Cuándo y de qué forma voy a morir?

—Lo sabrás enseguida —contestó Stravon. Con acento reflexivo, añadió—: Hace muchísimos años, antes de que Dekalión alcanzara su actual y estúpido grado de madurez espiritual, los monarcas del planeta tenían un medio muy curioso de divertirse con sus condenados a muerte. Inexplicablemente, ese medio se ha conservado... debe ser sin duda porque le cuesta mucho desaparecer por sí solo.

»Yo no veré cómo mueres —dijo Stravon hipócritamente—; y me repugna la efusión de sangre. Pero puedes estar seguro de que mentalmente imaginaré vuestros apuros para escapar a una muerte... que no tiene escape posible, y ello me divertirá mucho, muchísimo, te lo aseguro, Duncan Grayson.

—Lo celebro infinito —respondió el joven—. Bien, y puesto que la cosa no tiene remedio, al menos voy a formularte una petición. En mi planeta es costumbre acceder al último deseo de los condenados a muerte.

—¡Aquí no estamos en la Tierra...! —empezó a decir Stravon violentamente, pero se cortó en el acto—. Bueno, no quiero causar una impresión desagradable a mi futura esposa. ¿Qué es lo que deseas, Duncan Grayson?

—Eso precisamente, despedirme de tu futura esposa —respondió el joven impertérrito.

Stravon se mordió los labios. Sus ojos despidieron un relámpago de ira, pero supo componer rápidamente el gesto.

—Conforme —mascculló—. Despídete de ella, pero sé breve. Me molestan las escenas sentimentales.

—En eso coincidimos —manifestó Duncan fríamente.

Miró a Dyra. La muchacha se puso en pie, recogiendo con una mano el manto que tenía sobre el respaldo del sillón.

—Que se aparten los demás —dijo, y tanto Anter como los guardianes obedecieron la orden.

Dyra descendió los peldaños del estrado y se acercó al joven, caminando lentamente. Sus ojos brillaban con un fulgor singular.

Llegó junto a Duncan. Le puso las manos sobre el pecho y, luego apoyó la cabeza sobre las mismas.

—¡Adiós, Duncan! —dijo en voz lo suficientemente alta para que todos la oyeran—. Me caso con Stravon; de lo contrario, mi pueblo sufriría los horrores derivados de una bárbara represalia.

—Comprendo —contestó él—. No te preocupes; haz solamente lo que estimes tu deber.

Dyra levantó la vista. Sus pupilas aparecían bañadas por las lágrimas.

—Pero —musitó en tono muy bajo—, quiero que sepas que sólo te amo a ti, Duncan Grayson.

—Eso es lo mejor que podía oír en estos momentos. Adiós, cariño; no padezcas por mí. Me has dado lo que más deseé en este mundo: la ocasión de correr una grande y hermosa aventura. He llegado al final y no puedo quejarme. Tan sólo por eso debería estarte eternamente agradecido.

—Adiós, Duncan —sollozó ella. Dio media vuelta y con la cabeza hundida entre los hombros, regresó al estrado.

Entonces, Stravon oprimió un resorte que había sobre el brazo izquierdo de su sillón.

Un lienzo entero del pavimento se levantó, girando silenciosamente sobre unos goznes, invisibles hasta entonces. Quedó a la vista un hueco cuadrangular de unos diez metros de largo por seis o siete de ancho.

El hueco era oscuro, pero en la parte más cercana a la entrada, podía verse que era un túnel con una inclinación aproximada de unos 45° y de suelo rocoso y muy accidentado. Resultaba imposible ver el final, debido a la oscuridad que reinaba en el mismo.

—Arrojadlos al túnel —ordenó Stravon con voz metálica.

Los guardianes se aproximaron a la pareja de condenados. Con voz calmosa, Duncan dijo:

—Vamos, Anter.

Emprendieron el descenso por el túnel agarrándose a las piedras y a los salientes del mismo. Apenas habían caminado una docena de pasos, la losa se cerró sobre sus cabezas, dejándoles sumidos en la más negra oscuridad.

Duncan detuvo su descenso.

—Anter —llamó a media voz.

Oyó un ruido extraño. Los dientes de Anter castañeteaban de pánico.

—¡Anter! ¿Qué te pasa?

—Lo… lo siento, Duncan —contestó el secretario—, no… no lo he podido evitar… pero es que la muerte que nos espera no tiene nada de

agradable.

Duncan sintió que se le erizaban los cabellos. No obstante, procuró mantener la serenidad.

—Cálmate —dijo—. ¿Quieres explicarme qué es lo que sucede exactamente?

Anter deglutió ruidosamente.

—El... el monstruo. Antigua... mente, los reyes de Dekalión arrojaban aquí a sus prisioneros.

—Pero ¡de eso debe hacer muchos años, siglos, por lo menos! —exclamó el joven, estupefacto.

—Sí, ocho o nueve siglos, tal vez diez. Sin embargo, el monstruo ha seguido viviendo. Dicen que es inmortal...

—¡Tonterías! —bufó Duncan—. ¡No hay bicho que pueda vivir mil años...! —Y de repente recordó que no estaba en la Tierra, sino en un planeta del cual desconocía todo o casi todo. A su vez, tragó saliva—. ¡Un animal capaz de vivir mil años!

De súbito, un ruido extraño les llegó desde las profundidades del túnel. El ruido se repitió varias veces.

—¡El monstruo! —exclamó Anter, presa del terror.

Duncan sintió que se le helaba la sangre en las venas. El ruido era muy parecido al que habían hecho los dientes de Anter, pero de volumen mucho mayor y algo más espaciado. Era como si alguien manejase unas gigantescas tenazas metálicas, haciéndolas chasquear repetidas veces.

—¡Dios mío! —murmuró espantado—. ¿Qué clase de animal es ése?

Y, de repente, sacó un fósforo y lo encendió.

Anter lo miró estupefacto. Duncan encontró fuerzas para emitir una pálida sonrisa.

—Me los dio Dyra cuando nos despedimos. Y esto también —dijo, enseñando un arma intermedia entre una espada y un puñal, que había guardado en el interior de su camisa.

Los ojos de Anter se desorbitaron. El puñal tenía una hoja de unos cuarenta centímetros de longitud y seis o siete de anchura. Dyra lo había tenido oculto en el manto y se lo había entregado mientras apoyaba las manos en su pecho, disimulando la acción con el propio manto. La cerilla se apagó.

—Bueno —dijo Duncan—, es evidente que el monstruo nos cierra el paso. Por muy grande que sea, un animal no vive mil años sin probar bocado y como desde arriba no le echaban de comer, es obvio que tenía

que buscarse el condumio por otro lado. Lo cual significa, dicho lisa y llanamente, que este túnel tiene una salida, que el monstruo la cierra y que o lo apartamos a él… o se nos come vivos.

—¿Te… te atreverás a enfrentarte con él? —exclamó Anter, espeluznado.

—Bueno, si tú me alumbras, yo trataré de hacer lo que pueda. —Y para su capote, agregó: «Es mi obligación de héroe interplanetario, de lo contrario, ¿por qué acepté esta aventura?». Encendió otra cerilla y dijo —: ¡Vamos para abajo, Anter!

Reemprendió el descenso sin vacilar. La caja de fósforos estaba casi llena y pude permitirse el lujo de gastar unos cuantos en un descenso que calculó duró unos cincuenta o sesenta metros antes de hacer alto junto a un grupo de ramas secas de alguna planta muerta muchos años atrás.

Arrancó una rama, notando en ella cierta consistencia. Encendió un nuevo fósforo y lo acercó a la rama. Ésta prendió casi de inmediato, expandiendo una viva luz.

—Arranca más ramas, Anter —dijo—, y ve prendiéndolas a medida que se quemen.

—De acuerdo.

Provistos de aquellas improvisadas antorchas, continuaron el descenso. De pronto, el ruido de tenazas estalló de nuevo a corta distancia de ellos.

En aquel lugar, el túnel iniciaba una amplia curva, siempre en sentido descendente. Empuñando la espada, Duncan se atrevió a asomarse a una de las esquinas de la pared más cercana.

Y, al ver lo que había allí, se quedó mudo de horror, helado de espanto, suspendida la respiración por la contemplación de la cosa sin nombre que había en el fondo del túnel.

CAPÍTULO IX



En aquel punto, el túnel concluía, ensanchándose en una enorme cavidad de más de veinte metros de altura por el doble de ancho. Había una especie de lago de poca profundidad, alimentado por unas aguas que entraban por otro túnel cuyo techo estaba a ras de la superficie del líquido.

El segundo túnel podía ser su salvación... si conseguían franquear el fenomenal obstáculo, que suponía el horrendo monstruo que, agazapado en el centro del estanque, les contemplaba con unos gigantescos ojos de fría expresión.

Era una espantosa mezcla de pulpo, calamar y crustáceo, de un tamaño superior a los diez metros. Si el cuerpo parecía el de un cefalópodo, en cambio, sus apéndices o patas eran enteramente de crustáceo, pero gigante, con unas tenazas capaces de partir en dos a un hombre con toda facilidad.

El monstruo agitó lentamente las dos tenazas delanteras, de más de seis metros de largo. Sus ojos voltearon en las salientes órbitas con movimientos retardados, a la vez que, irguiendo un tanto el cuerpo, dejaba ver una espeluznante boca llena de dientes afiladísimos, en la cual cabía con toda holgura el cuerpo de una persona.

Era, en suma, un engendro inimaginable, un monstruo sobreviviente

de remotísimas épocas prehistóricas de aquel planeta, un animal abominable, no sólo por su aspecto, sino por la hediondez que despedía en torno a él.

Duncan se dio cuenta bien pronto de que iba a ser muy difícil luchar contra el monstruo. Éste era un animal muy lento y torpe de movimientos, aunque quizá, calculó, podría moverse con mayor facilidad dentro del agua.

De todas formas, era un enemigo formidable. Había ciertas posibilidades si conservaba la serenidad; no obstante, si cometía un solo error o daba un paso en falso, habría sellado su suerte.

El joven extendió su mano izquierda.

—Anter —llamó.

—¿Sí, Duncan?

—Tú encárgate de que no me falte la luz en ningún momento. El resto es cosa mía, ¿comprendes?

—Desde luego.

Duncan contempló al monstruo durante unos instantes. «Vamos a ver», se dijo, «¿qué habría hecho el héroe interplanetario en mi lugar?»

Recorrió con la vista todo el ámbito de la caverna. De pronto captó algo que le sugirió una idea.

En uno de los costados de la misma, había una especie de saliente rocoso, situado casi directamente sobre el monstruo y a una altura sobre éste de unos diez metros, distancia suficiente para que el animal no pudiera alcanzarle con una de sus gigantescas tenazas.

—¡Alumbra hacia aquí, Anter!

Duncan caminó hacia la pared, buscando el medio mejor para alcanzar el saliente. Metió el puñal en el cinturón de sus pantalones y se agarró con las manos a los salientes del muro.

Las tenazas de la bestia chasquearon sonoramente, expandiéndose el ruido con lúgubres ecos por la caverna. Haciendo caso omiso del terrorífico tableteo, Duncan inició el ascenso, que había de ser oblicuo a la fuerza, dado que su objetivo estaba situado aproximadamente hacia el centro de aquel costado de la oquedad.

Súbitamente, uno de los pies resbaló al desprenderse una piedra en la cual se había apoyado para izarse mejor. Quedó suspendido en el aire, colgado solamente por las manos, a media docena de metros escasos sobre el nivel del lago.

—¡Cuidado, Duncan! —gritó Anter despavorido.

Haciendo un supremo esfuerzo. Duncan se izó a pulso, a la vez que

encogía las piernas. Una de las tenazas golpeó la roca a escasos centímetros de su pierna, arrancando chispas de la misma.

El joven ganó un par de metros de altura. Un pequeño saliente le permitió afirmarse con cierta comodidad. Entonces miró hacia abajo, con la frente cubierta de sudor por el esfuerzo realizado.

La pinza se abría y cerraba con ruidosos chasquidos. Duncan creyó ver en los ojos del monstruo una expresión de muda cólera.

Respiró hondamente. Jamás se había visto tan próximo a la muerte como en aquellos instantes. Vivía todavía solamente por cuestión de unos centímetros. Si la pinza le hubiese atrapado por las piernas...

Prefería no pensar en ello. Después de unos momentos de descanso, reanudó la ascensión.

Un par de minutos después se encontraba en el saliente. Respiró satisfecho. Su idea empezaba a dar frutos.

El saliente tenía una anchura de tres o cuatro metros por una longitud casi el doble y estaba cubierto de grandes rocas que se habían ido desprendiendo de la pared y el techo con el transcurso de los siglos. Sin esperar un solo instante, Duncan agarró una de aquellas rocas y la arrojó contra la bestia.

Las tenazas se agitaron frenéticamente. Duncan maldijo su falta de puntería y tomó otro enorme pedrusco, que pesaba cuarenta kilos cuando menos.

Mantuvo la roca en alto durante un segundo. Luego la arrojó con todas sus fuerzas contra uno de los ojos del monstruo.

La pupila se reventó con sordo chasquido. Una especie de ronco bramido brotó de la bocaza del animal, cuyas patas se movieron frenéticamente.

La bestia avanzó pesadamente, como si quisiera saltar a tierra. Anter retrocedió despavorido.

Duncan continuó lanzando piedra tras piedra hasta reventar la otra pupila. Entonces el monstruo quedó ciego.

Inspiró hondamente. Algunas de las rocas habían quedado sobre el dorso del animal, pero éstas no le habían causado apenas daño. Únicamente las que habían alcanzado las pupilas habían conseguido efectos apreciables.

Ahora era el momento de actuar de un modo definitivo. Sólo disponían de un sitio por dónde escapar y el monstruo les cerraba el paso. Aun cegado, podía ser un enemigo peligroso moviéndose en su elemento natural.

Tomó aire y saltó, empuñando el puñal con la mano derecha.

Cayó de pie sobre el dorso del animal, a pocos centímetros de la cabeza. El impacto resultó formidable, aunque atenuado por la relativa blandura del cuerpo de la bestia, y le obligó a arrodillarse para reducir la violencia del choque.

Las patas se agitaron amenazadoramente, buscando al enemigo. Duncan levantó el puñal en alto y lo clavó en la cabeza del monstruo.

Se oyó un seco chasquido. Sólo la punta, unos pocos centímetros tan sólo, penetró en el cráneo del animal. Pero el puñal quedó clavado.

Entonces, Duncan agarró una roca con ambas manos y empezó a golpear la empuñadura de la espada con todas sus fuerzas. El acero entró lentamente en el cráneo del monstruo.

El sudor le corría a chorros por el cuerpo. Pero no cejó en sus golpes hasta que, de repente, rota la resistencia de los huesos de aquella enorme cabezota, la espada penetró de golpe hasta la empuñadura.

Entonces el monstruo sufrió una terrible convulsión. Duncan fue arrojado a un lado y estuvo a punto de caer al agua. Una de las patas se agitó amenazadoramente a escasos centímetros de su cuerpo.

La bestia se agitó espasmódicamente durante unos segundos. Luego extendió lentamente las patas hasta quedar completamente inmóvil.

Duncan se incorporó, limpiándose con el brazo el sudor que le corría por la frente. Jadeaba y su respiración era entrecortada.

Anter le contempló con infinito respeto.

—Jamás creí que pudieras conseguirlo —dijo.

Duncan sonrió levemente.

—Todo es cuestión de usar un poco la cabeza —respondió—. Anda, sujeta las antorchas en algún sitio y salta al agua. Hemos de salir de aquí.

Anter obedeció. Colocó todas las ramas ardiendo en una cavidad y dio un rodeo por la base de los muros, a fin de evitar el cuerpo del animal. Luego, penetró en el agua poco a poco.

Duncan saltó directamente desde el cuerpo del monstruo, el que ya había dejado de moverse totalmente. Seguido por Anter, empezó a nadar con lentas y pausadas brazadas, procurando no cansarse demasiado, ya que ignoraba por completo la longitud del segundo túnel.

Diez minutos más tarde, salían a terreno descubierto. Los dos hombres se dejaron caer a la orilla de un enorme lago, una de cuyas ramas penetraba en las entrañas de la tierra a través del túnel que acababan de abandonar.

Todavía era de noche. Las estrellas brillaban en lo alto. Los dos satélites de Dekalión corrían rápidamente hacia su ocultación.

Una vez recobrado el aliento, Duncan se puso en pie. Lamentó amargamente la pérdida del puñal, pero lo dio por bien empleado, ya que les había permitido salvar la vida.

Paseó la vista en torno a él. Estaban al pie de una abrupta colina, en lo alto de la cual se veían brillar algunas luces.

—¿Sabes dónde estamos, Anter? —preguntó.

El secretario reconoció el terreno antes de contestar.

—Sí —respondió—. El palacio de Dyra está en lo alto de la montaña. Éste es el lago que se ve desde la cima y al cual nadie se había acercado desde hacía muchísimos años.

—Se comprende —masculló el joven, quien todavía sentía un escalofrío de espanto al recordar el peligro que había pasado. Y después de unos momentos de reflexión, dijo—: ¿Quieres esperarme aquí o prefieres venir conmigo?

—Te acompañaré —dijo Anter con sencillez—: Estoy más seguro a tu lado que lejos de ti.

Duncan rió satisfecho. Inmediatamente, sin una sola palabra más, emprendió el ascenso, seguido por el secretario.

La subida fue más fatigosa que realmente difícil. Finalmente, llegaron a la cúspide de la colina, situándose al pie de un elevado muro de mampostería.

Duncan tanteó la superficie del muro y halló algunas rugosidades en el mismo que podían servirles de asidero. Sin perder un segundo, empezó a trepar.

Pocos minutos después estaba junto al borde del muro. Agarrándose con la mano derecha, tendió la izquierda a Anter, con el fin de ayudarle a recorrer el último tramo.

Permanecieron unos momentos atravesados sobre el borde de la muralla. De pronto, oyeron unos pasos.

Duncan retrocedió, quedando suspendido sobre el vacío solamente por las manos. Anter le imitó.

El centinela pasó por delante, sin sospechar siquiera su presencia. Cuando se hubo alejado unos cuantos pasos, Duncan flexionó los brazos y se izó hasta arriba, saltando al camino de ronda.

Corriendo con la rapidez y el sigilo de un gato, llegó hasta el centinela. Extendió el brazo izquierdo, atrapando la garganta del guardia con una férrea presa, en tanto que con la derecha le

inmovilizaba el brazo de aquel mismo lado.

El centinela forcejeó. Pero la presión que Duncan ejercía sobre su garganta era demasiado fuerte. Al cabo de unos momentos, sus esfuerzos se hicieron más débiles hasta que, al fin, cesaron del todo.

Segundos después, las armas del guardia habían pasado a poder de los dos amigos. Duncan y Anter ataron y amordazaron al guardia con sus propios ropajes, a continuación de lo cual echaron a correr, fundiéndose con las sombras.

* * *

Dyra había permanecido desvelada hasta bien entrada la noche. La angustia por la suerte corrida por Duncan le había impedido conciliar el sueño hasta que, al fin, el cuerpo débil cedió y terminó por dormirse.

De pronto, sintió la presencia de una persona extraña en su dormitorio. Abrió los ojos y miró en torno a ella.

Un instante después saltaba del lecho, arrojándose en brazos de Duncan, sin cuidarse poco ni mucho del ligero atavío que mal velaba sus esculturales formas.

—Duncan, amor mío —exclamó, besándole apasionadamente—. Estás vivo, vivo...

—Claro que sí —respondió él, orgulloso de haber provocado aquellas efusiones en la muchacha—. Gracias a ti, desde luego. Pero ¿cómo...?

Ella sonrió, inmensamente dichosa de tener al joven a su lado.

—Stravon cometió el inmenso error de decírmelo. Entonces preparé las dos armas que más podían servirte y que mejor podía entregarte sin que nadie lo sospechara. Tú facilitaste las cosas al querer despedirte de mí... aunque bien sabe Dios que si no lo hubieras solicitado, lo habría pedido yo misma. Dime, ¿era muy grande el monstruo? Te advierto que nunca se me ocurrió verlo.

Duncan se estremeció.

—¡Uf! No me lo recuerdes, querida. Cada vez que pienso en aquella bestia, se me abren las carnes. Bueno, y ahora que ya sabes que me encuentro perfectamente...

—¡Cómo! —exclamó ella, adivinando la verdad—. ¿Es que te marchas?

—Naturalmente. Tengo que hacer y mucho.

—Pero... yo me quedo aquí, Duncan —se quejó Dyra.

—Ése es tu papel, precisamente. Si huyeras conmigo, Stravon podría ordenar terribles represalias contra tu pueblo. Mientras tanto, mientras tú sigas a su lado, se limitará a hacer que me busquen.

—¿Y si te encuentran?

Duncan sonrió con aire de superioridad.

—No me encontrarán, te lo aseguro.

—Me gustaría tanto ir contigo —murmuró ella, dolida.

—Escúchame, Dyra. Bien sabe Dios cuánto siento dejarte aquí al alcance de ese forajido. Pero debes comprender que en esta aventura, cada uno de nosotros dos tiene un «rol» definido. Hemos de desempeñarlo lo mejor que sepamos y podamos, ¿comprendes?

Dyra le miró con ojos cargados de amorosa pasión.

—No mucho... porque mientras dure tu ausencia, no viviré, pero si vuelves, lo daré todo por bien empleado.

Duncan se inclinó para besarla una vez más.

—Así me gusta oírte hablar —dijo—. Y ahora...

Los brazos de Dyra le rodearon el cuello. Durante unos momentos permanecieron estrechamente enlazados, olvidados de todo cuanto les rodeaba.

Duncan fue el primero en recobrar la conciencia de las cosas. Separándose de la muchacha, dijo:

—Antes de que te cases con Stravon, estaré de vuelta. Y entonces ajustaré las cuentas a ese canalla. Confía en mí y espera sin temor

—Así lo haré, querido —dijo ella. Intentó retenerle una vez más, pero Duncan se desasió de sus manos y echó a correr hacia la salida.

Al quedarse sola, no pudo contener su congoja y se arrojó sobre el lecho, sollozando fuertemente.

CAPÍTULO X

uncan contempló el montón de barriles que había en el fondo de la cueva donde habían estado trabajando como locos durante dos semanas y meneó la cabeza.

—A quien le dijéramos que con azufre, salitre y carbón vegetal en polvo, vamos a combatir contra un enemigo que dispone de pistolas atómicas y naves interestelares, capaces de volar cien veces más rápidas que la luz, nos tomaría por locos... y puede que, además tuviera razón.

El trabajo, por fin, podía darse por terminado. A falta de otros elementos, Duncan había buscado los más sencillos y fáciles de hallar en el planeta, con los cuales había fabricado unas cuantas toneladas de pólvora negra, quizá de poco poder expansivo, comparada con otros explosivos de mayor potencia, pero suficiente, sin duda, para sus fines.

Anter y los tres jóvenes que éste le había buscado, le miraron ansiosamente, esperando su próxima decisión.

—El problema que se nos plantea es el del transporte. ¿Cómo nos arreglamos ahora para llevar todos estos barriles hasta nuestro objetivo?

Uno de los ayudantes dijo:

—Yo tengo un amigo que es conductor de un coche al servicio del gobierno.

Duncan volvió a mirar la pila de barriles.

—¿Y podrá soportar el automóvil el peso de todos esos barriles? —preguntó.

—Claro que sí —respondió el hombre con tono de confianza—. Se mueven por antigravedad, de modo que, en todo caso, el problema sería de espacio, no de potencia del motor.

—¿Es de fiar tu amigo?

—Respondo de él como de mí mismo —dijo el joven.

Duncan le palmeó los hombros.

—Perfectamente. Esta noche daremos el golpe. Ve en su busca y tráetelo con el automóvil. Mañana se casa Stravon… y vamos a festejar sus bodas con una bonita colección de fuegos artificiales.

El joven salió disparado de la cueva. Duncan hurgó en sus bolsillos, suspirando al darse cuenta de que no tenía cigarrillos encima.

—Estarán en la nave —murmuró.

El resto del día transcurrió tediosamente. Duncan se sentía excitado y enervado a la vez. Dos semanas sin noticias de Dyra, a la cual amaba con locura, le hacían sentirse impaciente y nervioso, a la par que el cansancio derivado del intenso trabajo de aquellos días se dejaba notar en su cuerpo.

Era ya bien entrada la noche cuando uno de sus ayudantes entró corriendo en la cueva.

—¡Viene Durr! —exclamó.

Duncan se puso en pie. Se había sentado en el suelo y, vencido por la fatiga, había descabezado un sueñecillo. La noticia le desveló inmediatamente.

Se asomó a la entrada de la caverna. Un automóvil acababa de detenerse a unos metros de distancia. Durr, el joven que había ido en busca del vehículo, corría ya hacia ellos.

—Todo está listo, Duncan —dijo, jadeante. Duncan le palmeó efusivamente en el hombro.

—Magnífico, Durr. Ahora, a cargar los barriles.

Anter y los tres ayudantes empezaron a estibar los barriles de pólvora en la trasera del coche, ayudados por el conductor y el propio Duncan. En realidad, los barriles eran recipientes cilíndricos de metal, de los que empleaban los dekalianos para el transporte de líquidos, atestados de pólvora negra hasta los bordes.

El conductor del automóvil traía noticias interesantes.

—Stravon ha ordenado que se celebren grandes fiestas con motivo de su boda con Dyra. La capital está engalanada y llena de luces y

banderas... pero nadie se siente alegre. Stravon no es persona grata en Dekalión.

Duncan asintió.

—Nosotros vamos a aportar nuestro granito de arena a las fiestas.

Terminaron de cargar los barriles, más de veinte en total. Duncan sacudió la cabeza con gesto pesimista. Apenas si quedaba espacio en el automóvil más que para el conductor.

—Nosotros tendremos que viajar sobre los barriles —dijo—. Tú conducirás despacio, ya que la carga podría soltarse en el momento menos oportuno. Tenemos toda la noche de tiempo, de modo que no importa que lleguemos una hora antes o después, ¿estamos?

—Conforme —respondió el conductor, ocupando su puesto. Duncan y los otros cuatro se amontonaron sobre los barriles.

El automóvil se levantó en el aire, quedando a unos centímetros del suelo. Acto seguido, el conductor lo impulsó suavemente hacia adelante, haciéndole alcanzar una moderada velocidad.

Media hora más tarde, divisaron en lontananza un gran resplandor. Era la ciudad en ascuas, brillantemente iluminada. Pero ellos se iban a quedar en un paraje mucho más cercano.

El conductor detuvo el coche cuando Duncan se lo ordenó. Frente a ellos se alzaba un edificio, cuyas ventanas estaban todas fuertemente iluminadas.

—¿Aquí es? —preguntó en voz baja a Anter.

—Sí.

—Muy bien —dijo el joven—. Vosotros esperadme aquí. Cuando me oigáis silbar, lleváis el coche hasta la puerta. Mientras tanto, no os mováis, pase lo que pase. ¿Entendido?

Anter movió la cabeza afirmativamente. Un segundo después, Duncan se había perdido en las sombras de la noche.

Esperaron casi media hora, al cabo de cuyo tiempo oyeron la ansiada señal. El conductor manejó el automóvil, llevándolo a la puerta del colosal edificio.

Anter y sus amigos vieron dos cuerpos tendidos en el suelo.

—Apoderaos de sus armas —dijo, y hubo una breve pelea por ver cuál de ellos podía hacerse con una pistola atómica.

Duncan abrió la puerta de par en par. Un chorro de luz salió al exterior. El leve trepidar de la maquinaria en funcionamiento se dejó oír inmediatamente.

Examinó con ojo crítico la situación. Había hasta una docena de

naves interestelares situadas en una gran nave. Al final de la hilera, una gigantesca máquina trepidaba, mientras en su interior y de un modo completamente automático, se construía otra nave interestelar. Una de las paredes estaba constelada de lucecitas de todos los colores, que se encendían y apagaban con intermitente rapidez.

Otra máquina vomitaba sin cesar pistolas atómicas, que eran apiladas también automáticamente en unas grandes cajas. Todavía había más máquinas que construían otra clase de artefactos, todos ellos destinados a la destrucción y a la muerte.

—Manos a la obra —decidió, después de unos instantes de contemplación.

Uno tras otro, los barriles fueron pasando al interior. Duncan abrigaba ciertas dudas acerca de la potencia expansiva de la pólvora, pero confiaba en producir al menos las suficientes averías en las máquinas para detenerlas o inutilizarlas durante un largo período de tiempo.

La mitad de los barriles fueron colocados al pie de la constructora de espacionaves. Los restantes fueron a parar junto a la máquina que fabricaba pistolas atómicas.

Duncan empleó el contenido de sendos barriles para trazar largos regueros que convergían en la puerta de entrada. Cuando estaba a punto de terminar el segundo, Anter lanzó un grito de alarma.

—¡Date prisa, Duncan! ¡Vienen los hombres de Stravon!

El joven terminó de vaciar el barril. Luego miró por encima de su hombro.

La luz de la luna proporcionaba la suficiente iluminación para ver un pelotón de automóviles que se dirigía raudamente hacia la fábrica. Se registró los bolsillos y entonces lanzó exclamación.

—¡Cuernos! ¡Se me ha olvidado lo más importante: las cerillas!

—¡Aprisa, aprisa! —le urgió Anter.

—¡Un momento! —Desenfundó la pistola atómica y apuntó al lugar donde se unían los dos regueros. Brilló un fogonazo.

La pólvora comenzó a arder enseguida. Cuando estuvo seguro de que no se apagaría, Duncan corrió hacia el coche y se tiró de cabeza al interior.

El conductor arrancó a una velocidad suicida. Revolviéndose sobre sí mismo, Duncan consiguió incorporarse y, sin apenas intervalo, empezó a disparar contra los otros coches, con el fin de llamar su atención e impedirles así que apagaran la pólvora.

Los automóviles se dispersaron inmediatamente. Uno de los disparos de Duncan hizo blanco y el coche estalló en llamas en el acto, despidiendo a sus ocupantes a gran distancia.

Súbitamente, dos explosiones atronaron el espacio. El techo de la fábrica salió en mil pedazos por los aires. Duncan y sus acompañantes se volvieron para presenciar el espectáculo.

Los efectos de la deflagración resultaron mucho mayores que lo que había previsto. Una columna de fuego blanquísimo subió a gran altura, disipando las tinieblas totalmente en un radio de muchos kilómetros.

El segundo estallido resultó de efectos devastadores. Todas las armas atómicas habían hecho explosión a la vez, terminando de destruir lo que la pólvora común había respetado.

La onda expansiva alcanzó al automóvil, zarandeándolo bruscamente. El conductor consiguió dominarlo, no obstante, después de unos frenéticos esfuerzos. Al cabo de pocos minutos, todo volvió a la normalidad.

Anter y sus amigos miraron al joven con sincera admiración.

—Bien —exclamó Duncan con aire satisfecho—, ya le hemos arrancado los dientes al león. Ahora ya no podrá morder a nadie. Escuchadme con atención; yo voy a dirigirme al palacio. Vosotros, mientras tanto…

* * *

Stravon estaba lívido de furor. Las noticias que le traían sus oficiales no eran nada alentadoras. Los dekalianos se habían lanzado a la calle, abandonando sus hábitos pacíficos, y acometían a sus soldados con toda clase de armas o con las manos desnudas.

Sabía demasiado bien a que se debía la explosión que le había despertado en lo mejor de su sueño. La fábrica en que tantas ilusiones había depositado estaba completamente destruida. Claro que todavía le quedaban una o dos naves interestelares, amén de unas cuantas docenas de pistolas atómicas, pero ¿cómo reproducir unas y otras sin medios adecuados?

Si había conquistado Dekalión había sido precisamente por ello, ya que en su sistema carecía de medios para construir naves interestelares y pistolas nucleares. Podía intentar la fabricación, partiendo de los modelos que aún poseía, pero si ya la construcción, contando con medios adecuados, había pecado de lentitud, ¿qué sucedería sin dichos

medios? Tardaría años, décadas quizá, antes de que sus sueños se realizasen...

De pronto, una siniestra sonrisa apareció en sus labios. Bramó una orden.

—¡Traedme a Dyra en el acto!

Marfoss estaba junto a él.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—Ahora mismo lo verás —contestó Stravon, paseándose nerviosamente por la habitación.

Dyra compareció momentos después, arrastrada por dos oficiales. Miró a Stravon con ojos llameantes.

—¿Qué es lo que deseas de mí?

—Solamente una cosa: que me digas el paradero del terrestre.

Ella levantó la mandíbula con desafío.

—No lo sé. Y aunque lo supiera, tampoco te lo diría.

—Muy bien —contestó Stravon. Levantó la mano derecha, dirigiéndose a sus oficiales, dijo—: Cuando baje la mano, ordenad en mi nombre que la ciudad sea pasada a sangre y fuego, sin respetar a nadie.

Dyra palideció intensamente.

—¿Te atreverás a dar semejante orden?

—Tienes solamente cinco segundos de tiempo para decidirte. Pasado ese plazo...

Stravon no pudo terminar de hablar. Un estrépito enorme le interrumpió.

Una de las ventanas del salón acababa de saltar en mil pedazos. La imagen de un hombre apareció enmarcada en el hueco.

—¡Duncan! —gritó Dyra.

—¡Matadle! —rugió Stravon.

Los dos oficiales sacaron sus pistolas. Duncan dio un prodigioso salto y se lanzó hacia adelante.

La muchacha gritó asustada. Duncan atrapó al vuelo uno de los brazos de la gran lámpara central del salón, describiendo una rauda parábola, que concluyó cuando derribó por tierra a los dos oficiales de modo aparatoso.

Cayó, rodando como una pelota, pero se incorporó ágilmente de un salto. Aterrado, viéndose desvalido, Stravon dio media vuelta y huyó.

Duncan se apoderó de las pistolas de los dos individuos, haciéndoles volverse de cara a la pared.

—Ya nos encargaremos más tarde de Stravon —dijo—. Ahora, vamos a ajustar las cuentas a un traidor.

—¿Traidor? —exclamó Dyra—. ¿Quién es?

Duncan miró a Marfoss, cuyo rostro había adquirido la blancura de la nieve.

—Sólo una persona podía saber nuestro escondite —dijo—: la misma que nos lo facilitó. La misma persona que, en suma, por codicia y ambición de poder, facilitó a Stravon la situación del museo, así como los medios para reproducir las naves y las pistolas atómicas.

Marfoss se vio perdido. Haciendo un desesperado esfuerzo, quiso sacar una pistola que llevaba oculta bajo su manto.

Duncan disparó fríamente. Marfoss exhaló un ronco alarido, cuyos ecos flotaron todavía unos instantes en la estancia, después de que su cuerpo se hubo convertido en una nube de humo.

Y un instante después, ebria de alegría, Dyra caía en brazos del joven, abrazándole con apasionada vehemencia.

El triunfo de Duncan quedó empañado por la ausencia de Stravon, el cual no pudo ser hallado. Sus tropas fueron derrotadas y obligadas a rendirse. La amenaza de una destrucción total o, en el mejor de los casos, una abyecta sujeción a la peor de las tiranías, desapareció para siempre de Dekalión.

EPÍLOGO

ncan se puso en pie y se acercó lentamente a la ventana.

A sus pies se extendía la ciudad. ¡Qué vida tan plácida llevaba en los últimos tiempos!

Los últimos tiempos. Más de veinte años habían transcurrido desde que venciera a Stravon y se convirtiera en el esposo de Dyra, gobernando a su lado con benignidad y justicia.

Dyra le había dado tres hijos, pero conservaba todavía la silueta esbelta y juvenil de sus veinte años. El hijo mayor llevaba su nombre y un día heredaría el trono. Era un magnífico muchacho, listo e inteligente. Llegaría muy lejos.

Apoyó la frente en el vidrio de la ventana. Por unos momentos, pensó en su vida anterior.

¿Qué habría hecho Callaghan al advertir su ausencia? Sonrió al pensar en el asombro del mayordomo. Hubiera sido tan divertido verle la cara.

Y, de repente, tuvo una visión fugaz. Su cuarto apareció de nuevo ante sus ojos con todos los detalles. Por unos momentos tuvo la sensación de hallarse aún en el salón.

Pero ¿qué sucedía? La chimenea estaba apagada... no, aún quedaban

algunas brasas en el hogar. Y, a través de la ventana, se advertía una luz grisácea, precursora del nuevo día.

Una garra helada le oprimió el corazón. ¿Qué le preocupaba en aquellos momentos?

De pronto, alguien le habló.

—Señor, hay una persona que desea verte.

La imagen de su cuarto desapareció en el acto. Se volvió. El fiel Anter esperaba su decisión en la puerta de la estancia.

—¿Quién es? —preguntó.

—No me ha querido decir su nombre, señor —contestó Anter—. Pero sé que recibes a todo el que lo desea y...

—Está bien. —Duncan agitó la mano—. Dile que pase.

Anter se echó a un lado. Un hombre penetró en la habitación.

Duncan frunció el ceño. Los ojos de aquel hombre...

Anter se retiró respetuosamente, cerrando la puerta. Entonces, el individuo abandonó su actitud de falsa humildad y se irguió.

—¿Me reconoces ahora, Duncan Grayson?

—¡Stravon!

—El mismo. Sí, soy Stravon. He esperado durante años este momento... Podía haberme vengado antes, pero he preferido esperar hasta tener la seguridad de que no iba a fallar.

Un objeto brillante apareció de pronto en la mano de Stravon.

—¿Recuerdas? Es tu pistola, la que te trajiste de la Tierra. Oh, me ha servido de mucho para reproducirlas a millares. Es más fácil y rápido su proceso de fabricación que el de las pistolas atómicas. Tengo un gran depósito que sólo está esperando a los hombres necesarios para usarlas y conquistar de nuevo a Dekalión. Y esto sucederá cuando tú hayas muerto, Duncan Grayson...

Duncan miró hacia la puerta, viendo que ésta se abría lentamente. Procuró mantener la serenidad.

—Bien —dijo, tratando de ganar tiempo—, si quieres, todavía podemos arreglarnos...

—¡No hay arreglo que valga! —vociferó Stravon, un segundo antes de apretar el gatillo.

Coincidiendo con su disparo, Anter hizo funcionar su pistola atómica.

Durante una milésima de segundo, el rostro de Stravon expresó el asombro que sentía al notar sobre sí los efectos de la descarga. Luego,

su cuerpo desapareció envuelto en una nube de humo, mientras Duncan caía de espaldas.

—Éste es el fin de mi aventura —pensó, un instante antes de perder el conocimiento para siempre.

* * *

Callaghan, el fiel mayordomo, penetró en la estancia. Frunció el ceño al ver a su amo dormido en el sillón, con la cabeza apoyada en una de las orejeras del mueble.

—¡Señor! —llamó, sin obtener respuesta.

Dirigiéndose hacia la ventana, descorrió las cortinillas, dejando que la luz del nuevo día penetrase a raudales. Había cesado de nevar y un sol esplendente lucía en el cielo.

—Hace un día magnífico, señor —dijo Callaghan—. Frío, pero con sol y sin viento. ¿Desea el desayuno?

Se sorprendió al observar el silencio de su amo. Un tanto alarmado, se encaminó hacia el sillón.

—¡Señor! —llamó de nuevo.

Un rayo de sol dio de lleno en el rostro de Duncan. Callaghan se asombró enormemente al ver el singular aspecto que presentaba la faz del escritor.

Parecía como si Duncan hubiera rejuvenecido cuarenta años de golpe. La epidermis del rostro aparecía lisa, casi sin arrugas, lo mismo que la de las manos y el cabello era casi negro, solamente con algunas canas en las sienes.

Callaghan buscó el pulso en una de las muñecas, sin hallarlo. Con ciertas prisas, desabrochó el chaquetón, el chaleco y la camisa de su amo.

Se sorprendió enormemente al ver un puntito rojo en el centro del pecho, directamente sobre el corazón. Fuera de esto, el aspecto de su amo era enteramente normal.

Pero estaba muerto.

Callaghan arregló de nuevo las ropas del cadáver. Miró una vez más el rostro de Duncan, en él aparecía una indefinible sonrisa de felicidad.

Meneó la cabeza. El sol formaba como una aureola en torno a la cara del escritor.

—Parece como si hubiera estado en otro mundo —comentó

apagadamente el mayordomo.

De pronto, Callaghan reparó en el cuaderno de aventuras que yacía a los pies del sillón, junto con la manta escocesa.

Ordenado y meticuloso como era, recogió el cuaderno, que estaba abierto por la última página. Casi sin darse cuenta, contempló la última viñeta de las páginas de aventuras, en donde se veía el cuerpo de un hombre tendido en el suelo y, a su lado, arrodillada, una bellísima mujer de cabellos leonados, sollozando amargamente.

Y el rostro del hombre presentaba una sorprendente semejanza con el de Duncan Grayson.

F I N

BEST-SELLERS DE GUERRA

Los horrores de la guerra en toda su desnudez y violencia, narrados por unos hombres que la vivieron en su doble misión de soldados y escritores y captaron todos sus matices.

BEST-SELLERS DE GUERRA

Escenas de escalofriante realismo que harán que viva usted unas horas de emoción e intensidad. Los soldados son seres humanos como usted, con las mismas reacciones y los mismos temores aunque a veces actúen movidos por el extraño animal que todos llevamos dentro...

Publicación quincenal

Precio: 15.- pesetas



Escena de la película EL ÚLTIMO TORPEDO
(Filmayer, S. A.)

Precio en España: 7.- ptas.